



Filthy

JEFFE

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

AMY BRENT

Filthy
JEFFE

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
AMY BRENT



1º Edición Abril 2021

©Amy Brent

FILTHY BOSS

Serie Chicos Malos, 1

Título original: Filthy Boss

©2021 EDITORIAL GRUPO ROMANCE

©Editora: Teresa Cabañas

tcgromance@gmail.com

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, algunos lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora, y cualquier parecido con personas, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, así como su alquiler o préstamo público.

Gracias por comprar este ebook

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Epílogo](#)

[Siguiente libro de la serie](#)

Capítulo 1

Candice Carlson

Estaba sentada en mi mesa, comiendo una ensalada para llevar de la cafetería de abajo, cuando llegó el correo electrónico de mi jefe. Miré la gran pantalla del ordenador que tenía a mi izquierda, pero no me molesté en abrirlo. Ya sabía de qué se trataba.

Llevaba esperándolo desde que me dijo que nuestra empresa, Goldman y Stern, había ganado un contrato de consultoría de gestión de diez millones de dólares con Empresas Wright y que yo formaría parte de su equipo.

Mastiqué un bocado de lechuga y me incliné para leer el asunto: Confirmación de reunión programada con Tanner Wright de Empresas Wright.

Hice clic en el enlace que añadiría automáticamente los detalles de la reunión a mi agenda electrónica y regresé a mi ensalada.

Hace un año, habría dado saltos de alegría ante la idea de reunirme con el empresario multimillonario Tanner Wright y su equipo. Ahora, sería una más de la larga lista de aburridas reuniones con ricos imbéciles que utilizaban a los consultores de gestión de Goldman y Stern - como yo- para hacer su trabajo sucio.

Vaya, a veces me asombraba lo quemada que había quedado en tan solo un año en Goldman. No recuerdo esperar que fuera a hacer este tipo de trabajo.

Aun así, era mejor que trabajar como una esclava en una organización sin ánimo de lucro por veinte mil dólares al año. Aquello era más satisfactorio, pero esto me permitiría comprar un montón de cosas más chulas.

Suspiré mientras clavaba un tomate cherry y lo partía por la mitad con los dientes delanteros. Ya había buscado en Google a Tanner Wright en previsión de la reunión. No es que no supiera ya quién era. Todos en el mundo de los negocios lo conocía porque era una leyenda.

Treinta y cinco años, soltero, alto, moreno y guapo; con la constitución de un atleta y el cerebro de un becario de Rhodes.

Hacía quince años que había fundado Empresas Wright como un pequeño servicio de reparación de ordenadores en el sótano de sus padres. El año pasado la empresa facturó seis mil millones.

Ahora Wright está metido en todo: desde la informática hasta las redes, pasando por el software de ciberseguridad y la fibra óptica. Pero hoy en día hace falta algo más que generar una tonelada de ingresos para que un tipo me impresione. En mi mente, ya lo tenía catalogado como otro *playboy* multimillonario que pensaba que podía comprar el mundo y a todos los que lo habitaban.

Tomé un sorbo del té helado aguado que venía con la ensalada y miré le brumoso horizonte de Chicago por la ventana del vigésimo piso.

—Apuesto a que es un gran imbécil —me oí decir.

No pude evitarlo.

Cada vez que pensaba en los hombres, me venía automáticamente a la mente la palabra «imbécil».

De hecho, la palabra «gilipollas» se estaba convirtiendo en sinónimo de «hombre» en mi mente.

Hombre, gilipollas.

Ducha, hombre.

Podían llamarme cansina, pero ambas eran lo mismo en mi mente.

Le di otro mordisco a la lechuga y comí mientras suspiraba. Por qué los hombres tenían que ser tan imbéciles. ¿No quedaban hombres buenos en el mundo? Seguro que todos no eran homosexuales o estaban casados.

De acuerdo, quizás exageraba un poco. Tal vez no todos los hombres del planeta tierra eran unos imbéciles. Tal vez solo los hombres de la especie que he conocido personalmente en mis veinticuatro años en el planeta lo eran.

No todos empezaron así, por supuesto. Algunos eran muy agradables al principio. Parece que se convirtieron en gilipollas después de conocerme. Tal vez fue eso. Tal vez yo era el denominador común. Tal vez conocí a tipos perfectamente agradables y los convertí en unos completos imbéciles. ¡Yo era el paciente cero!

Me lamé el aliño de los labios y bebí té. Tal vez ese era mi poder especial, pensé. Tenía el poder de convertir a tipos perfectamente agradables en imbéciles.

No. A quién quiero engañar.

No tengo poderes especiales.

Los hombres son muy capaces de convertirse en idiotas por sí mismos.

No necesitan ninguna influencia mía.

El más reciente en mi vida fue mi ex novio, Scott, que me dejó después de salir durante cinco años porque su madre no creía que yo fuera lo suficientemente buena para él.

En realidad, me dijo:

—Lo siento, Candice, pero mi madre no cree que seas lo suficientemente buena para mí.

—No me voy a casar con tu madre, Scott —le respondí—. La pregunta es, ¿qué piensas tú?

El capullo no dudó. Me miró a los ojos y me soltó:

—Creo que mamá tiene razón.

Y con eso, se dio la vuelta y salió por la puerta sin mirar atrás.

Yo me quedé como, «¿estás de broma, hijo de puta?».

He salido con un imbécil desde el primer año de la universidad, he guardado mi virginidad para nuestra noche de bodas, y dos meses antes de la boda, ¿no soy lo suficientemente buena para ti?

¿En serio?

¡Que te den!

¡Y que se joda tu madre!

Sentí que mis mejillas se calentaban. A pesar de que ha pasado más de un año desde que Scott me dejó, todavía me hace enfurecer.

Por supuesto, yo no provengo de una familia acomodada como la de Scott. La familia Carlson era de clase media baja, en el mejor de los casos, pero me rompí el culo para ir a la universidad y luego hacer un posgrado. Me gradué con un MBA en Harvard el año pasado y fui contratada por Goldman y Stern para unirme a su grupo de consultoría de gestión antes de que se secara la tinta de mi diploma.

Tengo una oficina con ventanas en un rascacielos de Chicago y gano cincuenta mil dólares al año, además de las primas. Tengo un apartamento estupendo en el centro de la ciudad y voy por la vía rápida para convertirme en socia en cinco años. ¿Y no soy lo suficientemente buena para tu

hijo de mierda?

De nuevo, querida madre, ¡que te den!

Fruncí el ceño ante mi propio pensamiento. Nunca solía maldecir así. De acuerdo, aquella conversación solo se desarrollaba en mi cabeza, pero lo hacía con el vocabulario de un marinero borracho.

Y la culpa era de Scott y su mami.

Él dijo que su madre pensaba que yo era una mala persona. No le gustaba la forma en que trataba a su hijo.

Bien. Lo que fuera. Claro, puedo ser algo abrasiva a veces y, tal vez, mangoneé a Scott un poco, pero vamos, el chico apenas podía limpiarse el culo sin la ayuda de mamá.

Si no me hubiera tenido a mí diciéndole lo que tenía que hacer, habría pasado la mayor parte de sus días dando botes como una pelota de pinball.

No era suficiente para su hijo.

Que te den, viejo murciélago.

¡Tu hijo no era lo suficientemente bueno para mí!

Mastiqué un trozo de lechuga y me reprendí a mí misma por haber pensado en aquellas cosas. Había pasado más de un año desde la última vez que vi a Scott. No comprendía por qué seguía teniéndolo en mente.

Tampoco comprendía, por qué ya no quería tener nada que ver con los hombres en general.

¿Scott me había marcado de por vida?

¿Estaba destinada a ser una solterona?

¿O tal vez una lesbiana?

Uhm, no, no me inclinaba por eso.

Al menos, no todavía...

Era joven, sana y tan ardiente como la que más. El hecho de que todavía fuera virgen me irritaba un poco. Después de todo, el rollo de «reservarte para el señor Correcto» se fue por la ventana el día que Scott me dejó. Me tiraría a los huesos del señor Equivocado si tuviera la ocasión.

No es que no haya tenido oportunidades de tener sexo. Jesús, no puedes caminar por los

pasillos de Goldman y Stern sin toparte con un pene que se balancea. Es solo que no quiero que me moleste un hombre en este momento de mi vida.

Y como ya he dicho, los hombres son unos imbéciles.

Nunca había tenido una polla en mi interior, así que quizás no sabía lo que me estaba perdiendo. Pero poseía unos dedos largos y ágiles y el consolador vibrador de un metro de largo que compré por Internet y al que llamé «George Clooney». George siempre me esperaba en mi mesita de noche. ¿Para qué diablos necesitaba un hombre?

Lo mejor era centrarme en mi carrera y no en mi vida amorosa. Solo tenía veinticuatro años. Todavía me quedaba mucho tiempo en el viejo reloj biológico, aunque algunos días lo oía sonar más fuerte que otros.

Tenía todo mi futuro planeado. Encontraría a un hombre después de hacerme socia, probablemente cuando tuviera treinta años o así, tendría un par de preciosos bebés para cuando cumpliera treinta y cinco, y encontraría una buena niñera francesa para que los criara por mí mientras yo volvía a trabajar.

Un plan sólido, si lo digo yo.

¿Por qué iba a dejar que un hombre lo estropeará?

Terminé la ensalada y me limpié el aliño de los labios; luego pulsé el correo electrónico para saber cuándo me reuniría con Tanner Wright, que sabía que sería un imbécil, aunque un imbécil que valía miles de millones de dólares.

Capítulo 2

Tanner Wright

—¡Me importa un bledo lo que cueste, Barry! ¡Compra de una vez! Y deja de llamarme cada cinco segundos. Si pierdes ese trato por estar al teléfono conmigo, te arrancaré las pelotas y se las daré de comer a mi *dóberman*. Ahora, vete.

Colgué el teléfono de golpe y cerré las manos en puños. Los sacudí hacia el techo y gruñí.

—Dios, ¿por qué todo tiene que ser tan jodido y tan duro?

Henry Costas, mi mejor amigo desde hace diez años y vicepresidente ejecutivo de desarrollo empresarial de Empresas Wright, estaba sentado al otro lado de mi escritorio, con un gesto de preocupación en su agradable rostro.

—¿Hay algún problema?

Negué con la cabeza.

—Envié a mi chico de los coches a la subasta de Barrett-Jackson en Las Vegas, para que pujara por un Ferrari 250 de 1961 en perfecto estado, y me está llamando cada diez segundos para ponerme al día de las pujas. ¡Por el amor de Dios, compra el maldito coche ya!

—¿Cuál ha sido la última oferta? —preguntó Henry.

—Quince millones. El catálogo estimaba que podía llegar a los veinticinco y yo digo: ¡ofrece veinticinco millones, Barry y acaba de una vez! No entiendo el problema.

Pillé a Henry sonriendo. Cuando nos conocimos, yo estaba haciendo el posgrado en la universidad y él era mi profesor de administración de empresas. Por aquel entonces, no tenía ni veinticinco céntimos y aquí estaba yo, una década después, montando una rabieta por un coche de veinticinco millones de dólares que probablemente nunca conduciría.

—Los multimillonarios tienen sus propios problemas, ¿verdad? —dijo Henry con un suspiro.

Cruzó las piernas y se quitó una pelusa de la rodilla. Henry no era multimillonario, pero se

había hecho rico cuando Empresas Wright salió a bolsa hacía cinco años. Podía haberse gastado veinticinco millones de dólares en un coche, pero nunca lo haría porque le parecía un exceso y un completo despilfarro de dinero.

Recuerdo que una vez me preguntó:

—¿Por qué comprar un Rolex de cincuenta mil dólares si un Timex de cincuenta da la misma hora?

Mi respuesta, por supuesto, fue:

—¡Porque un Timex de cincuenta dólares no te hará echar un polvo!

La verdad era que tenía más dinero del que podía gastar. Empresas Wright era uno de los mayores conglomerados del mundo, con participaciones empresariales en prácticamente todos los países del planeta.

Había ganado miles de millones de dólares y podía comprar lo que quisiera y a quien quisiera. Y en ese momento, ¡quería ese maldito Ferrari GT!

—Tenemos que hablar de la adquisición de Anderson —sugirió Henry, mientras el humor se desvanecía en su rostro. Así era él. ¡Basta de frivolidades! ¡Volvamos a las minas de sal!

Metió la mano en el maletín que tenía junto a su silla y sacó una gruesa carpeta en la que se detallaba nuestra inminente adquisición de Telecomunicaciones Anderson, una teleco regional de Arizona que había pasado por momentos difíciles.

Íbamos a adquirir Anderson por centavos de dólar. La arreglaríamos si podíamos o la destrozábamos si no podíamos.

Sería nuestra primera incursión en ese sector, así que Henry estaba nervioso. Y con razón. Le pagaba para que se preocupara de esas cosas y no tener que hacerlo yo.

—¿Hay algún problema? —Observé cómo equilibraba la carpeta sobre su rodilla. Se puso unas gafas de lectura en la punta de la nariz y la abrió, sacando la primera página, después la miró.

—Quiero evitar problemas —repuso, deslizando el folio hacia mí a través del escritorio—. Como hemos hablado, al ser nuestra primera adquisición de telecomunicaciones y no ser ninguno de los dos versados en el sector, he pensado que sería buena idea que un par de ojos expertos revisaran las finanzas de Anderson y entrevistaran al equipo directivo antes de firmar el acuerdo definitivo.

Tenía una pelota de goma roja sobre mi escritorio. Se suponía que era una pelota para el

estrés, de esas que se aprietan cuando se nota ansiedad. La verdad es que rara vez me sentía nervioso ni estresado. Pero tenía la capacidad de atención de una mosca tsé-tsé y si no estaba constantemente haciendo algo con las manos, me costaba prestar atención.

Apreté la pelota con la mano izquierda y cogí la hoja de papel con la derecha. Era una carta de compromiso de Goldman y Stern, la empresa que se encargaría de aquella parte de la diligencia.

Extendí el papel y resumí mi opinión al respecto.

—Entonces, ¿vamos a pagar a Goldman y Stern diez millones de dólares para que hagan el seguimiento debido sobre Anderson? ¿Por qué no podemos hacerlo nosotros de forma interna? ¿Por qué no se encarga de esto nuestro departamento legal corporativo?

—La mayor parte corre por cuenta interna —explicó él—. Pero ya te he comentado que hay algunos detalles específicos del sector de las telecomunicaciones que están fuera de nuestro alcance. Pagar diez millones para que descubra esqueletos en los armarios y errores en los balances es dinero bien gastado.

No dudaba en gastar veinticinco millones en un coche, pero odiaba desperdiciar un céntimo cuando se trataba de mi negocio. Era más que nada una formalidad, porque la adquisición era prácticamente un hecho, pero Henry era muy estricto a la hora de cubrirnos las espaldas y yo se lo agradecía.

Ojeé la descripción del proyecto y la lista de las personas que iban a realizar el trabajo. Le hice pasar el papel por el escritorio, luego me recosté en la silla y lancé la pelota al aire.

—Bien, lo que creas que es mejor. ¿Conoces a alguien del equipo que Goldman va a enviar?

Henry recogió el documento y lo puso encima de la carpeta. Miró la lista de nombres a través de las gafas y pasó un dedo por la lista.

—Sí, gente mayor con la que he trabajado antes. Stan Robbins y Juliette Ruiz. A Bob Gaines y a Irving Hunt los conozco por su reputación. No reconozco este último nombre. Debe ser nueva. Candice Carlson.

—Yo tampoco he oído hablar de Candice Carlson —dije. Agarré la pelota y la lancé al aire de nuevo—. ¿Han enviado su currículum?

Henry abrió la carpeta y mojó el dedo para abanicar las páginas.

—Tengo los currículos de los más expertos. Veamos... Candice Carlson. Licenciada por Penn, MBA por Harvard. Se graduó con honores el año pasado.

—Carne fresca —suspiré.

Henry me ignoró y siguió leyendo.

—Se incorporó a Goldman nada más salir de Harvard, así que tiene que ser de primera categoría. Ha estado en varios equipos que han asesorado a Goldman en el campo de las telecomunicaciones.

—¿Han enviado una foto? ¿Un enlace a su página de Facebook, quizás? —Sonreí—. Parece que está buena. Creo que nunca he tenido una Candice.

—Esto no es Match.com, por el amor de Dios —replicó Henry, echándome una mirada por encima de las gafas—. No envían fotografías con los currículos.

—Lástima. —La pelota subió y bajó.

Volvió a meter el currículum en la carpeta, luego se inclinó y se aclaró la garganta.

—Hazme un favor, Tanner. —Suspiró—. Esta vez, mantén la polla en los pantalones, ¿quieres?

Agarré la pelota con la mano derecha mientras lo miraba y puse cara de confusión.

—Henry, ¿de qué hablas? Mi polla siempre está en mis pantalones.

—Excepto cuando está dentro de alguna mujer al azar que te ha llamado la atención —espetó, poniendo los ojos en blanco.

Consideraba a aquel hombre como un tío sabio. Me miró como se mira a un niño con los dedos quemados mientras le explicas por qué no debería haber tocado la llama de una estufa caliente.

—Mira, sé que no me corresponde decirte lo que tienes que hacer.

—O a quién meterle la polla —añadí con una sonrisa. Sacudí la pelota delante de él—. Henry, relájate. ¿Es necesario que me aprietes las bolas?

—No tiene ni la más mínima gracia. —Se quitó las gafas y las metió en la parte interior de su americana. Después, exhaló un largo suspiro—. Ya sabes de lo que hablo. Puedes tirarte a todas las actrices, modelos y *strippers* que quieras, pero esta vez, por favor, por mí, no te tires a nadie que forme parte de este acuerdo.

Tuve un breve escarceo con la esposa del director general de una empresa que queríamos adquirir hace varios años y causó un gran revuelo en el mundo de los negocios.

Bueno, tal vez «breve coqueteo» no fuera el término correcto. Su marido la pilló en su mesa,

follándomela por detrás, justo antes de que se firmaran los papeles.

Lamentablemente, el trato no se concretó.

Henry nunca me lo perdonó.

Giré la silla y apoyé los codos en el escritorio. Apreté la pelota entre mis manos y sonreí.

—Pero Henry, si no puedes tirarte a tus socias, o a las esposas de tus socios, o hijas o novias, ¿a quién te puedes tirar? Quiero decir, ¿de qué sirve tener tanto dinero si no puedo tirarme a quien me gusta?

—Vales dos mil millones de dólares, Tanner. Puedes tirarte a quien quieras. Solo te pido que la guardes en tus pantalones hasta que terminemos con este trato.

Levanté tres dedos en un saludo de explorador.

—Tienes mi solemne promesa de que haré todo lo posible para mantener mi polla en los pantalones hasta que este trato esté cerrado.

—Ojalá pudiera creerlo. —En ese momento, vibró el teléfono que llevaba en el bolsillo. Lo sacó y abrió la pantalla—. El equipo de Goldman y Stern está aquí. Nos están esperando en la sala ejecutiva de conferencias. Vamos, tienes que conocerlos.

Hice una mueca. Lo único que odiaba más que leer largos informes de costosos consultores era reunirme con ellos.

Odiaba a los consultores.

Especialmente los consultores de gestión.

Eran todos muy arrogantes y presumidos, como si supieran un horrible secreto que pudiera arruinar tu negocio y no lo compartieran contigo hasta que les dieras un buen cheque.

Eran como sanguijuelas que chupaban la sangre de las empresas reales porque no eran lo suficientemente inteligentes como para crear la suya propia.

Eran como los pececitos que nadaban detrás de los tiburones para poder comer sus sobras en lugar de valerse por sí mismos.

Eran tan... consultores.

Quedando claro el concepto: odiaba a los malditos consultores y estaba usando «jodido» como adjetivo, no como verbo.

Entonces, me pregunté si había follado alguna vez con una consultora. No lo creía, pero

había una primera vez para todo.

Me recosté en la silla y subí los pies descalzos para apoyarlos en el escritorio. Henry se estremeció al ver las plantas sucias de mis pies.

Era el segundo al mando y vestía con trajes de tres piezas.

Yo era el jefe y solía venir al trabajo con vaqueros raídos, zapatillas de tenis y camisetas.

Agarré el teléfono y moví los dedos de los pies hacia él.

—Tú te encargas de la gente de Goldman. Estoy esperando la llamada sobre el Ferrari.

—Tanner, están aquí para reunirse con los dos. —Empujó mis pies al suelo. Se quitó el polvo de las manos y gruñó—: Ahora, ponte los putos zapatos y vámonos. Y pórtate bien.

—Dios, eres una alegría asesina —decidí mientras buscaba las zapatillas bajo la mesa.

Para cuando las encontré y me las puse, Henry ya había salido por la puerta.

Recogí la pelota del estrés y me tomé mi tiempo para ponerme al día.

Capítulo 3

Candice

—Vale, dejadme hablar a mí cuando lleguen —dijo Stan Robbins, bajando la voz y haciendo un gesto con la mano al resto de los que estábamos sentados en la mesa de al lado.

Stan tenía unos cincuenta años, era alto y enjuto, con el pelo ralo y una tendencia a meter su afilada nariz en el culo de los clientes. Era el consultor principal de telecomunicaciones de Goldman y Stern y mi jefe inmediato.

Juliette Ruiz, una mujer de aspecto agrio de unos cuarenta años, era la segunda a cargo de Stan. Estaba tan delgada que la ropa le colgaba como si fuera una percha y odiaba a todo el mundo, excepto a Stan. Y si no hubiera estado a las órdenes de Stan, también lo habría odiado a él. Eran la pareja de poder de Goldman cuando se trataba de transmisión de datos a distancia. Juntos, contaban con más de cincuenta años de experiencia y dirigían el equipo que realizaba las últimas diligencias para la adquisición de Telecomunicaciones Anderson por parte de Empresas Wright.

Bob Gaines se sentó al lado de Juliette con las manos bien cruzadas sobre la mesa. Bob era un contable calvo que tenía el aspecto y la palidez de un funerario. Era una comparación adecuada porque Bob podía encontrar esqueletos financieros hasta en el más oscuro de los armarios corporativos. No solo tenía el aspecto de un funerario, sino que también tenía la personalidad correspondiente.

Entre Bob y yo estaba sentado Irving Hunt, el experto legal de Goldman en el sector de las telecomunicaciones. Irving era una cabeza más baja que yo y tenía varias veces mi edad. En Goldman se rumoreaba que podía dormir con los ojos abiertos durante las reuniones. Solía observarlo de reojo, a la espera de cualquier señal de que estuviera cabeceando.

Yo estaba allí porque había formado parte de varios equipos de telecomunicaciones en el último año y conocía bien el sector. Mi aportación era valiosa, pero no me engañaba, ya que era la más baja del tótem. Me encargaba del café, los donuts y de hacer copias de los documentos. Y sería la destinataria de la mayoría de las miradas furiosas de Juliette.

Eso me parecía bien. Dentro de unos años estaría sentada en la silla de Stan, ganando medio millón al año, y otro pedazo de carne fresca me traería el café.

En ese momento, entró en la sala un hombre alto, de aspecto distinguido y con el pelo canoso. Stan se levantó de un salto para estrecharle la mano. Lo reconocí por mi investigación en Google como Henry Costas, antiguo profesor de Tanner Wright en la universidad y, durante los últimos diez años, su mano derecha en Empresas Wright. Él sería nuestro principal punto de contacto para el proyecto.

Stan lo presentó al equipo. Costas se inclinó para dar a todos una sonrisa de bienvenida y un apretón de manos. Me di cuenta de que sus ojos se detenían un poco más en mí que en los demás.

Inmediatamente, me pregunté si debería haberme recogido la melena en un moño más formal, en lugar de dejarlo caer de forma natural sobre los hombros.

Dios, odiaba lo cohibida que podían hacerme sentir los hombres con una simple mirada.

Iba vestida de forma profesional con un traje azul oscuro y un top gris. Mis grandes pechos estaban metidos en un sujetador que debía hacerlos parecer más pequeños y apenas llevaba maquillaje ni joyas.

No obstante, Costas seguía mirándome como si fuera una zorra intentando entrar en su gallinero. Tomó la silla del extremo de la mesa frente a Stan y finalmente me liberó de su mirada.

Idiota.

—Tanner vendrá enseguida —dijo Costas con una rápida sonrisa. Miró a los tres y les tendió la mano. No volvió a mirarme—. ¿Alguien quiere café o té?

—Todos estamos bien — dijo Stan, respondiendo por el grupo. Miró la gruesa carpeta que Costas había traído a la reunión—. Confío en que nuestra propuesta esté en orden.

El hombre asintió mientras la abría.

—Sí, mi equipo ha revisado su propuesta y creemos que tiene un buen manejo de todo lo que requiere una mayor verificación en Anderson. —Levantó la vista y sonrió a Stan—. Como te dije por teléfono, las telecomunicaciones no suelen estar en nuestro campo de acción, así que esperamos que te asegures de que todo está bien, antes de firmar los documentos finales de adquisición la semana que viene.

—No se preocupe. —Stan palmeó el aire con las manos—. Si algo está fuera de lugar, mi equipo lo encontrará.

—Muy bien. —Costas hizo un gesto cortante. Hojeó unas cuantas páginas más y sacó lo que

parecía un contrato. Había dos copias. Deslizó una delante de Stan y se guardó una para él—. El contrato está listo —dijo, buscando un bolígrafo en su chaqueta—. Ha sido revisado por nuestro departamento legal y el tuyo, así que podemos firmarlo, si quieres.

—Por supuesto. —Entusiasmado, Stan ya tenía en la mano la costosa pluma Monte Blanc que Goldman le había concedido por veinte años de servicio.

Sabía que ese día firmaría el contrato, así que debía llevar la pluma en la mano desde hacía horas.

Quitó el capuchón e hizo su firma con gran floritura en nombre de Goldman y Stern.

Costas firmó en nombre de Empresas Wright. Me di cuenta de que utilizaba un bolígrafo Bic desechable con el nombre de la empresa en el lateral. Eso me dijo algo sobre él. O bien era tan humilde que no sentía la necesidad de presumir usando un bolígrafo de mil dólares, o bien era tan rico que no le importaba una mierda impresionar a gente como nosotros.

Yo aposté por lo segundo.

Intercambiaron los contratos y volvieron a firmar.

—Muy bien —dijo Stan, cogiendo su copia del contrato y metiéndola rápidamente en su maletín, como si le preocupara que Costas pudiera cambiar de opinión. Se acercó a la mesa y le estrechó la mano—. Empezaremos el lunes a primera hora.

—Tú debes ser la parte de Goldman —dijo una voz alegre desde la puerta. Levanté la vista para ver a Tanner Wright apoyado en el marco de la puerta con una pelota de goma roja en la mano derecha.

A diferencia de Henry Costas, que iba impecablemente vestido y perfectamente conjuntado, Tanner Wright llevaba un par de vaqueros ajustados con las rodillas rotas, unas zapatillas de tenis cochambrosas y una camiseta negra descolorida con el logotipo de Metallica en la parte delantera.

Parecía alguien que estaba allí repartiendo pizzas y no el empresario multimillonario que dirigía el negocio.

Sus fotos en Google no le hacían justicia. Tenía un bronceado veraniego, incluso en invierno. Su pelo era rubio y caía sobre su frente de forma desordenada. Tenía unos ojos azules brillantes y una sonrisa fácil que me obligó a devolverle la sonrisa, aunque me resistí a hacerlo.

Sabía que había jugado al fútbol y al rugby en la universidad y mantenía el físico. Sus hombros musculosos y su pecho empujaban la camiseta, mientras su cintura se estrechaba dentro de los ajustados vaqueros. Pude ver su fibroso antebrazo mientras apretaba la pelota. También

observé un bulto en la parte delantera de los ajustados vaqueros que hizo que se me cortara la respiración.

Tragué con fuerza y me obligué a bajar la vista a la mesa.

No se podía decir al mirarlo que era uno de los hombres más ricos del planeta. Tal vez era el objetivo. O tal vez fuera un disfraz. Era tan rico que intentaba no parecerlo. Era como Brad Pitt, que hacía todo lo posible por parecer poco atractivo cuando no protagonizaba una película.

Jesús, con un bonito bulto o no, era definitivamente un imbécil.

Tanner lanzó la pelota entre sus manos y dijo:

—Me he tomado todo el tiempo que he podido para venir. Espero llegar tarde a la reunión.

—No llega para nada tarde —dijo Stan, perdiéndose totalmente la broma. Se puso de pie y extendió la mano—. Stan Robbins, señor Wright —se presentó—. De Goldman y Stern.

—Vaya, yo no doy la mano, Stan —explicó con rapidez y dio un paso atrás. Levantó las manos como si el hombre blandiera una pistola y exigiera su cartera. También arrugó la nariz como si aquella mano estuviera cubierta de caca de perro y agregó—: Hay demasiados gérmenes en el mundo, Stan. Además, no tengo ni idea de dónde ha estado esa mano.

Stan la dejó en el aire y después la estiró a lo largo de su cuerpo. Tenía una mirada como la de un cachorro que acaba de ser pateado por un dueño abusivo. O como un globo que alguien hubiera tenido a bien reventar. Casi me dio pena. Casi.

—Acabamos de firmar los contratos, Tanner —dijo Costas mientras acercaba la silla a su lado y se dejaba caer en ella—. Empezarán a trabajar el lunes.

—¡Excelente! —Tanner se mostró serio. Exhaló un largo suspiro y apretó la pelota en su mano derecha mientras sus ojos recorrían la mesa.

Miró brevemente a Stan y Juliette, luego a Bob y después a Irving. Cuando sus ojos se encontraron con los míos, sus cejas se alzaron lentamente como si acabara de ver a un viejo amigo. Se inclinó hacia el otro lado de la mesa y extendió la mano que no dejaba estrechar a Stan.

—Tú debes ser Candice Carlson —advirtió y parpadeé sin comprender.

Miré a mis compatriotas en la mesa que no dejaban de mirar aquella mano que colgaba en el aire entre nosotros. Movié los dedos. Extendí la mía para estrecharla y cuando nuestros dedos se tocaron, el chasquido de la electricidad estática hizo que ambos las retiráramos.

—¡Vaya! —Tanner se echó hacia atrás en su silla con una sonrisa en la cara.

Puse las manos en mi regazo y me mordí la lengua. ¿Lo hizo a propósito? ¿Arrastró los pies por la alfombra para crear electricidad estática en su cuerpo solo para hacerme quedar como una idiota?

¿Quién haría algo así?

Oh sí, un idiota...

—Encantado de conocerla, señorita Carlson. —Sonrió con satisfacción.

Forcé una sonrisa cortés por el bien del contrato de diez millones de dólares en el maletín de Stan.

—Sí, encantada de conocerle, señor Wright.

—¿Lo soy? —preguntó.

Parpadeé.

—¿El qué?

—¿Señor Derecho? —Cambié mis palabras para darle otro sentido a su apellido.

Lo miré con la boca abierta, sin saber qué decir.

—Bien, iremos terminando —interrumpió Costas de repente. Dio una palmada como si quisiera romper el grupo, se levantó de la mesa y puso una mano en el hombro de Tanner para mantenerlo en la silla.

Era el movimiento de un padre que intentara controlar a un niño pequeño revoltoso.

Los ojos de Tanner permanecieron en los míos y me sonrió, como si todo fuera una broma en la que solo estuviéramos él y yo.

Costas dirigió su atención a Stan y se puso serio.

—Supongo que el lunes volará a Tucson para reunirse con el equipo de contabilidad de Anderson.

—Sí, así es —repuso mi jefe, poniéndose en pie. Sus ojos se movieron entre los dos hombres que tenía enfrente. Costas le devolvió la mirada y Tanner seguía mirándome a mí. Stan se volvió para señalar a su equipo—. Los cuatro estaremos en Tucson el lunes por la tarde. El itinerario ya estaba fijado en previsión de la firma del contrato.

—Nos encontraremos allí —dijo Tanner. Todavía me miraba. Todavía sonriendo. Empezaba a asustarme. También estaba empezando a excitarme.

¿Se dedicaba a jugar a algún tipo de juego extraño de *Cincuenta sombras de Grey* conmigo?

¿Era aquella su idea de los juegos preliminares?

¿Tenía que quitarme la ropa y tumbarme en la mesa, abrir las piernas y rogarle que me follara?

Puse una cara inexpresiva mientras archivaba ese pensamiento para usarlo más tarde.

—¿Nos encontraremos allí? —Costas miró a Tanner.

—Lo haremos. —Él apartó sus ojos de los míos y miró a Stan—. Tenemos reuniones programadas con el equipo ejecutivo de Anderson más adelante en la semana. Será mejor que empecemos pronto. —Se levantó de la silla y le hizo un gesto a su hombre—. Llama a Anderson y dile que iremos todos el lunes en lugar del miércoles.

—¿Y si no pueden reunirse el lunes? —Costas arrugó la frente, levantó el brazo y miró el reloj—. Son casi las cinco del viernes. Eso es muy poco tiempo.

—Entonces tendremos que encontrar algo para ocupar nuestro tiempo hasta el miércoles, ¿no? —sugirió, mirándome de nuevo.

Todos se volvieron para mirarme. Sentí que me encogía literalmente ante sus ojos.

—De acuerdo, haré los arreglos —aceptó Costas, entrecerrando los ojos y mirándonos de reojo a Tanner y a mí.

Mierda.

No tenía que ser un lector de mentes para saber lo que Costas estaba pensando.

Iba a echarme del equipo porque su jefe se estaba comportando como un puto adolescente. Yo era la espectadora inocente en aquel choque de trenes, pero yo sería la responsable de sacar el tren de Tanner de la vía.

Las aventuras sexuales del señor Wright eran legendarias, gracias a sitios de chismes como TMZ y Gawker.

Tenía la bien ganada reputación de ser el chico malo y rico que había torpedeado tratos comerciales multimillonarios porque no podía mantener su polla en los pantalones. Y ahora sus travesuras infantiles estaban a punto de costarme mi puesto en el equipo.

Hijo de puta.

¡Qué gilipollas!

Bueno, si esperaban que me quedara con las ganas, se habían equivocado de chica. Puse las manos sobre la mesa, junté los dedos y los miré fijamente.

Podía sentir que me salía vapor por las orejas. Que intenten echarme del equipo, pensé. Que lo intenten...

Tanner sostuvo la pelota frente a él y la hizo rebotar en su palma.

—De hecho, no hay necesidad de que ustedes vuelen en avión comercial. Tomaremos el avión corporativo todos juntos. Será divertido.

Tanner sonrió y entregó la pelota de goma a Costas, antes de salir de la habitación, por lo que nos dejó a todos preguntándonos qué demonios acababa de pasar.

Capítulo 4

Candice

El trayecto en coche hasta nuestras oficinas de Goldman y Stern fue tranquilo porque los demás miembros de mi equipo estaban tan atónitos como yo por las acciones de Tanner Wright.

El silencio en el coche lo decía todo.

Sabía lo que todos estaban pensando. Se preguntaban cuánto tardaría Stan en echarme del equipo, a pesar de que no había hecho nada para merecerlo.

Juliette estaba sentada en el asiento del copiloto y Stan conducía. Yo iba en el asiento de atrás, entre Bob e Irving. Bob miró por la ventanilla todo el camino de vuelta a la oficina. Irving estaba sentado con los ojos abiertos, roncando suavemente.

De vez en cuando, veía a Stan mirándome por el espejo retrovisor. Cuando nuestras miradas se cruzaban, él apartaba rápidamente la vista.

Juliette estaba sentada mirando al frente y no decía nada. Casi podía oír el crujir de sus dientes.

Estaba segura de que el comportamiento de Tanner en la reunión sería la comidilla de Goldman cuando volviéramos y Juliette pusiera en marcha el molino de cotilleos. Nada le gustaría más que verme expulsada del equipo, aunque no supusiera ninguna amenaza para ella.

Esa era la forma de ser de Juliette. Simplemente no le gustaban otras mujeres. Era más machista que cualquier otro hombre que hubiera conocido. Si por ella fuera, sería la única mujer que trabajara en Goldman, si no la única mujer del planeta.

Lo único que pude hacer fue sacudir la cabeza y morderme la lengua. Ya me encargaría de Stan cuando llegara el momento, que sabía que sería pronto.

La cara sonriente de Tanner Wright apareció en mi mente. Pude oír el estallido de la electricidad cuando nuestros dedos se tocaron. Podía oler el leve toque de ozono en el aire. Había ganado el premio al imbécil del siglo, sin lugar a dudas. Nunca había conocido a nadie tan engreído y tan pagado de sí mismo.

Sí, era un multimillonario atractivo con un gran bulto en los pantalones, pero ¿tenía que meterme en su estúpido juego?

Yo era completamente inocente en todo aquello. Sería muy injusto echarme del equipo solo por sus acciones.

Resultó que Stan pensaba lo contrario. Cuando aparcó el coche en el garaje subterráneo y los demás se dirigieron al banco de ascensores, me pidió que me quedara atrás.

—¿Qué ha ocurrido antes? —preguntó con aire de acusación en su tono.

—No tengo ni idea, Stan —le dije, resoplando—. Probablemente, otro gilipollas rico tomándonos el pelo. ¿No es así como funciona esto? Somos consultores de gestión. ¿Nos dejamos engañar por gilipollas ricos y luego les cobramos mil dólares por hora?

—Fue más que eso —replicó, frotándose la barbilla mientras me estudiaba con los ojos entrecerrados—. Nunca lo habías visto antes, ¿verdad?

—No, nunca.

—¿Nunca has tenido ningún contacto con él?

—Ninguno.

Sabía a dónde iba aquello. Nunca he sido de las que se muerden la lengua y era demasiado buena en mi trabajo como para temer perderla, así que extendí las manos y se le hablé directamente.

—Mira, Stan, si estás pensando en echarme de este proyecto porque Tanner Wright es un ligón, puedes olvidarlo. Me necesitas en este equipo. Nadie conoce el lado digital de las telecomunicaciones como yo. Soy una profesional consumada y lo sabes.

—Sé que eres una profesional, Candice. —Suspiró—. Solo que no estoy tan seguro de Tanner Wright.



Ni siquiera me molesté en subir a la oficina. Sabía que Juliette ya estaba allí, contando a todo el que quisiera escuchar cómo había interrumpido la reunión coqueteando con Tanner Wright.

Ella no contaría toda la historia, por supuesto.

Su versión, sin duda, me haría parecer tonta. Para el lunes, yo sería carne de cañón de todos los chismes que correrían por la oficina.

Me tacharían de ser la consultora con poca experiencia que casi se carga un acuerdo de diez millones de dólares porque no pudo resistirse a flirtear con el chico malo multimillonario.

Todo sería una mentira, pero no importaría.

La única salvación era que el reloj marcaba las cinco de la tarde del viernes y la mayoría de los empleados de Goldman ya se habían ido a casa.

No era un gran consuelo.

Cogí un taxi y llegué a casa sobre las seis. Me mantuve firme mientras subía en el ascensor hasta mi décimo piso. Me apresuré a recorrer el pasillo y abrí la puerta.

En el momento en que entré, caí de rodillas y comencé a sollozar.

La dura coraza con la que me protegía todos los días para enfrentarme al mundo se había agrietado frente a mi puerta.

Allí estaba yo, Candice Marie Carlson, la insegura granjera de Nebraska que hacía lo posible por salir adelante y mantenerse en un mundo cruel e injusto.

Candice Carlson, la chica que estaba sentada en el suelo, en la oscuridad, con la espalda pegada a la puerta para que el mundo no entrara.

Candice Carlson, la chica que lloraba hasta quedarse dormida muchas noches porque la armadura emocional que llevaba para luchar contra los demonios del mundo era tan pesada que le exprimía las emociones como una prensa de zumos.

Candice Carlson, la chica que era dura como una piedra por fuera, pero suave como un malvavisco por dentro.

Puse los antebrazos sobre las rodillas y apoyé la cabeza en los brazos.

Me senté allí y lloré hasta que no tuve más lágrimas que dar.

Capítulo 5

Candice

Era increíble lo que un buen llanto hacía por el alma. Algo que los hombres nunca entenderán. El peso del mundo puede cargar sobre ti como un camión Mac, pero si te sientas en el suelo y sollozas como un bebé durante una hora, de repente, todo está bien en el mundo.

O al menos todo lo bien que puede estar en ese momento.

Si se añade una pizza en el microondas, un helado de menta y chocolate y media botella de chardonnay, de repente el mundo es un lugar hermoso.

Al menos el mundo dentro de mi apartamento.

Estaba más que borracha cuando me preparé un baño caliente y me dispuse a permanecer en remojo durante una o dos horas. Mientras la bañera se llenaba de agua caliente y humeante, encendí varias velas y apagué las luces. El aroma a canela y flores silvestres flotaba en el aire.

Cerré y aseguré la puerta del baño. Podía parecer rara, pero no puedo bañarme o ducharme con la puerta abierta. Supongo que he visto demasiadas películas sobre chicas tontas que se duchan cuando hay asesinos al acecho.

Lo sé, soy el sueño húmedo de un psiquiatra. Ah, bueno.

Dejé mi iPhone sobre la encimera y le dije a Siri que pusiera algo de Van Morrison para crear ambiente. Me quité el chándal que me había puesto después de mi juerga de llanto en el vestíbulo y me desnudé frente al espejo para recogerme el pelo.

Mientras me hacía un moño y lo fijaba en la parte superior de la cabeza, dejé que mis ojos observaran a la mujer del espejo. Era algo que hacía al final de cada jornada.

¿Había añadido el día una nueva línea o arruga?

¿Se me han caído las tetas?

¿Tengo estrías en el estómago?

Una vez más, un psiquiatra se lo pasaría en grande conmigo.

Era alta para una chica, de un metro ochenta de estatura y con curvas proporcionadas.

Heredé los pechos grandes y las caderas redondas de mi madre. Mis tetas colgaban como dos grandes melones que nunca habían sido exprimidos. Mis areolas contrastaban de forma oscura con la blancura lechosa de mis senos y llevaba pubis rubio recortado.

Respiré hondo mientras bajaba las manos del pelo para acariciar mis pechos. Me pasé un dedo por los pezones y éstos respondieron de inmediato, endureciéndose ante mi contacto.

Cerré los ojos. De repente, en mi mente, Tanner Wright estaba de pie detrás de mí con sus manos apoyadas suavemente en mis caderas. Su repentina aparición me sobresaltó por un momento, pero mi mente me dijo que me relajara y dejara fluir la fantasía.

Podía sentir los dedos de Tanner clavándose suavemente en mis caderas. Sentí sus pulgares en la parte baja de mi espalda, masajeando suavemente los hoyuelos sobre mi trasero.

Giré la cabeza hacia un lado y gemí cuando apretó sus labios contra mi hombro. Me mordisqueó el cuello hasta llegar a la oreja. Tomó el lóbulo entre sus dientes y lo mordió lo suficiente como para que me doliera de la manera más maravillosa.

Podía sentir su aliento caliente en mi piel.

Su lengua siguió a su aliento. Me lamió el borde de la oreja y la introdujo. Un escalofrío me recorrió al sentir los jugos calientes que se acumulaban entre mis piernas.

Las manos de Tanner se acercaron a mis tetas. Apretó los pezones entre sus dedos. Gimió en mi oído.

Sentí su polla presionando en mi espalda; larga, dura y húmeda. Apoyé las manos en el lavabo y moví el culo hacia él. Sus manos se deslizaron desde mis pechos y se encontraron con mi clítoris.

Lo hizo rodar entre sus pulgares y un orgasmo se inició desde lo más profundo de mi cuerpo, como un fósforo que pronto rompería en un fuego furioso.

Empujé el culo hacia él y arqueé la mitad superior de mi cuerpo hacia delante, para ofrecerle mi coño. Volví a sentir sus manos en mis caderas mientras se colocaba detrás de mí. Sentí la cabeza de su polla presionando en mi agujero. Contuve la respiración en espera.

No hubo ningún dolor virgen cuando clavó sus dedos en mis caderas y me penetró por completo. Me puse de puntillas para darle el ángulo perfecto. Empezó a deslizar su polla dentro y fuera, dentro y fuera.

—Oh... Dios... mío... —Mis palabras fueron llevadas en ráfagas de aliento caliente—. Más

rápido... más fuerte... más... —Tanner martillaba mi cuerpo sin parar. Gemí y grité su nombre mientras el orgasmo me golpeaba—. Me estoy... corriendo... oh... mi...

Apreté los ojos con fuerza y aspiré un largo suspiro mientras me corría. Sentí que su tacto se alejaba de mi cuerpo como un cálido viento pasajero.

Abrí los ojos y me miré en el espejo, que estaba empañado por el agua humeante que estaba a punto de desbordar la bañera.

Parpadeé para volver a la realidad y me miré.

Tenía el pecho agarrado con la mano izquierda, estaba rojo por el fuerte roce y el apretón.

Estaba de pie, con las rodillas dobladas y los dedos de mi mano derecha enterrados dentro de mi coño.

Inspiré con fuerza y después solté el aire muy despacio. Todo parecía tan real que me giré para mirar alrededor del baño, como si fuera a encontrar a Tanner de pie, pero estaba sola.

Cerré el grifo y me metí en la bañera humeante. Entorné los ojos y sonreí mientras el agua caliente me envolvía.

Froté mi cuerpo con la pastilla de jabón del borde de la bañera y la pasé por las piernas mientras la fantasía se reproducía de nuevo en mi mente. Esa vez, siendo espectadora en lugar de participante.

Dicen que, si se pierde el uso de uno de tus sentidos, los demás se intensifican. Por ejemplo, si pierdes el sentido de la vista, los sentidos del olfato, el oído, el gusto y el tacto se intensifican.

Lo mismo ocurría cuando eras virgen.

Cuando nunca habías tenido un hombre real dentro de ti, tu imaginación se intensificaba hasta que se volvía tan vívida como el acto real.

Gracias a Dios.

Capítulo 6

Tanner

Lunes por la mañana. Siete cuarenta y cinco de la mañana.

Anoté la hora porque Henry debía recogerme para nuestro viaje a Tucson con el equipo de Goldman sobre las ocho y media. Hice que mi ayudante preparara una maleta durante el fin de semana y estaba junto a la puerta principal, listo para salir.

Ese era mi lema: estar siempre preparado. O hacer que un asistente lo preparara por mí.

Me quedaba tiempo, así que preparé una taza de café con la cafetera de veinte mil dólares que Henry me había convencido de comprar durante un viaje de negocios a Italia, hacía unos años.

Se suponía que era el mejor sistema de preparación de café del planeta. Los granos de café también eran los mejores. Eran importados de las selvas más profundas de Colombia y habían sido cagados por el culo de un tigre o alguna tontería así. No lo había entendido muy bien.

El café que preparaba era mediocre en el mejor de los casos. Tenía la consistencia y el olor de tinta quemada. Desde luego, no era una taza de café de veinte mil dólares. La cafetera de cien dólares de mi oficina hacía un café mejor.

Henry decía que yo tenía el paladar de un cavernícola. Qué cojones, amigo. Reconocía una taza de café de mierda cuando la probaba.

Mi intención era comprar una franquicia de Starbucks e instalarla en la planta baja del vestíbulo, ya que soy el propietario del edificio y vivo en el ático, pero se me había olvidado llamar al director general de Starbucks, Howard Schulz, para cerrar el trato.

Cogí mi iPhone y le hablé.

—Siri, recuérdame que ponga un Starbucks en el vestíbulo de abajo.

Siri confirmó mi brillantez y dejé el teléfono a un lado.

Puse la taza de café humeante en la mesa de la cocina y encendí mi portátil. Me conecté a Facebook y golpeé las teclas con los dedos.

Ignoré las mil ochocientas treinta y cinco notificaciones y los dos mil dieciocho mensajes que parpadeaban en la parte superior de la pantalla.

La verdad era que odiaba el puto Facebook y solo lo utilizaba para sacar trapos sucios de gente con la que podría hacer negocios.

O gente que simplemente me fascinaba. Gente como Candice Carlson.

Me asombraban algunas de las cosas que la gente publicaba en redes sociales. Simplemente, lo ponían ahí para que todo el mundo lo viera, sin preocuparse de las consecuencias.

«Oye, mira, aquí hay una foto de ti emborrachándote en una despedida de soltero».

«Mira, aquí hay una foto tuya en el baño con una prostituta desnuda de la fiesta».

«Oye, mira, aquí estás haciendo un baile erótico con la prostituta».

«¡Oh, mira, mira, mira! Aquí hay una foto tuya haciendo una raya de polvo blanco que se parece mucho a la cocaína en la teta de la prostituta».

Ah, por fin, el golpe de gracia.

«Aquí hay una foto tuya desmayado de borracho en la habitación del hotel desnudo y cubierto de rotulador mágico».

«Oh, mira, alguien dibujó una cara feliz en la cabeza de tu polla».

Encontré todas esas maravillosas imágenes al indagar en los antecedentes de un tipo que quería ser mi director financiero con un sueldo de cuatrocientos mil al año.

Fui a su página de Facebook, le di a «Fotos» y ¡sorpresa!

Me alegré mucho de mostrarle lo que había encontrado y luego le pregunté:

—¿Así que quieres que te deje gestionar las finanzas de mi empresa? ¿En serio? Uh, no lo creo. Gracias. Adiós.

De acuerdo, es cierto que hice pasar al pobre tipo por horas y horas de agotadoras entrevistas antes de soltar las fotos de Facebook y mandarlo a la mierda. Pero bueno, un tipo tiene que divertirse un poco. ¿Verdad?

Escribí el nombre de Candice Carlson en la barra de búsqueda y le di un sorbo al café de mierda mientras esperaba que apareciera su perfil. Me pregunté qué momentos vergonzosos o qué detalles tentadores encontraría en su página.

Y como por arte de magia, ahí estaba la vida de Candice Carlson a todo color para que todo

el mundo la viera.

—Bien, Candice Carlson —dije con una sonrisa—. Veamos qué oscuros y profundos secretos puedo deducir de tu encantador perfil.

Hice clic para ampliar su foto de perfil y me decepcionó ver que era un retrato estándar de mierda de la empresa, probablemente sacado de su biografía en la web de Goldman.

—Mierda —dije mientras hacía clic para cerrar la imagen ampliada—. Vamos, Candice. No me decepciones.

Volví a la página de su perfil y pulsé el enlace «Acerca de Candice». Lo normal: veinticinco años, graduada en un MBA de Harvard, ciudad natal Ottumwa, Nebraska, población... a quien le importa una mierda.

—La soltería es buena —me dije, tomando nota de su estado sentimental.

Hice clic en sus fotos, con la esperanza de encontrar una o dos fotos de una fiesta de borrachos. O Candice en la playa con un bikini de tiras con las tetas al aire.

¡Vaya, vaya! ¿No sería una forma jodidamente increíble de empezar el día? Una foto caliente de Candice en bikini, con la que podría restregarme antes de salir del ático.

—Mierda —espeté de nuevo mientras sus fotos se cargaban en la pantalla—. Demasiado para masturbarme con sus tetas.

Ahí estaba, en un evento de negocios. Otra imagen de ella en una recaudación de fondos. Y otra en una cena formal.

Ahí estaba Candice con un grupo de hermanas de la hermandad. También con su toga y birrete.

—Hija de puta —dije con un suspiro. Aparté el ordenador con disgusto y cogí la taza de café—. ¿De verdad eres tan jodidamente aburrida, Candice Carlson? ¿No podrías darme una muestra decente de tus tetas para empezar el día?

Mi iPhone zumbó con un mensaje de texto de Henry. Estaba abajo con el coche. Mierda. Mi búsqueda para saber más sobre la señorita Carlson tendría que esperar.

Me quedé mirando su aburridísima foto de perfil durante un momento y después cerré el portátil, mientras sacudía la cabeza.

Candice Carlson necesitaba un poco de emoción en su vida.

Y, afortunadamente para ella, yo era el hombre adecuado para dársela.

Capítulo 7

Tanner

Le entregué al conductor mi maleta para que la guardara en el maletero, y luego subí a la parte trasera de la limusina para sentarme junto a Henry, que me gruñó y siguió jugueteando con su teléfono.

—Es de mala educación usar el teléfono en la mesa, hijo mío —le dije, negando con la cabeza.

—Lo siento, solo estaba enviando un correo electrónico a Stan Roberts en Goldman, confirmando nuestra hora de vuelo para hoy. —Guardó el teléfono en su chaqueta de Armani y dirigió toda su atención hacia mí—. ¿Qué tal el fin de semana? —preguntó.

—Bien. —Me encogí de hombros—. No he hecho mucho, Solo volé a Las Vegas para ver el Ferrari que compré.

—¿Lo condujiste de vuelta?

Resoplé.

—En realidad no se conduce un coche como ese, Henry. Hice que lo cargaran en un camión climatizado que me prestó Earnhardt para transportarlo de vuelta a Chicago. Debería llegar en uno o dos días.

Una mirada recelosa apareció en sus ojos.

—¿Cuánto has acabado gastando? ¿En un coche?

Hice un gesto con la mano, como si la pregunta oliera mal, pero no tanto como mi respuesta.

—Me gasté más de lo que debía, pero no tanto como hubiera querido.

—Tanner, ¿cuánto?

Solté un largo suspiro.

—Veintiocho millones por el coche y otro diez por ciento en concepto de gastos de subasta. —Hice un gesto como si la cifra fuera calderilla, porque eso era para mí. Me miró con el ceño

fruncido—. Vale, se ha pasado un poco de la estimación, pero no es un gran problema. En cinco años, duplicará su valor.

—Espero que tengas razón —dijo, sacudiendo la cabeza.

—Siempre tengo razón.

—¿La tienes?

Lo miré y vi que parecía preocupado. Levanté las manos y pregunté:

—¿Qué es lo que te mosquea esta mañana?

—Tu pequeño espectáculo del viernes con la gente de Goldman es lo que me da por culo — explicó. Me miró como solía hacerlo mi padre cada vez que lo decepcionaba, que era la mayoría de las veces. Sacudió la cabeza lentamente y chasqueó la lengua—. No voy a dejar que arruines este trato, Tanner. Es demasiado importante.

—No voy a echar a perder el trato, Henry. —Hice una mueca despectiva—. Realmente, no entiendo por qué estás tan molesto. Creía que había sido todo un caballero en esa reunión.

—Por supuesto, lo fuiste. —Exhaló un largo suspiro y volvió a sacudir la cabeza. Algunos días Henry sacudía tanto la cabeza que yo esperaba que se le soltara del cuello. Agregó—: ¿Tienes idea de la posición en la que me has puesto con la gente de Goldman? ¿Y con Anderson, pidiéndoles que rehagan por completo la agenda de su equipo ejecutivo para la semana?

Resoplé.

—Me importa una mierda la gente de Goldman. Trabajan para nosotros, ¿recuerdas? Y el equipo ejecutivo de Anderson estará de patitas en la calle en el momento en que se firmen los documentos finales si no tienen cuidado.

—Pues a mí sí me importan una mierda —dijo Henry con seriedad—. A diferencia de ti, yo no tengo miles de millones de dólares que me lleven a pensar que puedo ser un completo imbécil delante de la gente. Sinceramente, Tanner, a veces actúas como un adolescente malcriado en lugar de como un hombre de negocios de éxito. ¿Cuál es tu juego?

—No tengo un juego. —Suspiré—. Simplemente me aburro y me gusta joder a la gente. Te sigo diciendo que dejes de obligarme a asistir a las reuniones, pero sigues insistiendo en llevarme.

—Porque, te guste o no, eres la cara de Empresas Wright. Eres el chico malo que se lleva toda la prensa. Eres el tipo que hace que los empresarios ricos estén pendientes de cada una de tus palabras en las reuniones y gasten millones en tus productos.

—¿De verdad? —pregunté, fingiendo seriedad—. ¿Están pendientes de cada una de mis palabras?

Henry levantó las manos.

—Estás haciendo el ridículo.

Le di una palmadita en la rodilla.

—Henry, tienes mi palabra de que no haré nada que estropee este trato. Te lo juro por el honor de los exploradores. Cruza mi corazón y espera morir.

—Nunca fuiste un scout —soltó mientras miraba por la ventana como si no pudiera soportar verme—. Y el honor es algo de lo que no sabes nada.

—Ay —me quejé con una sonrisa.

—He enviado un correo electrónico a Stan Roberts y le he dicho que deje a Candice Carlson en Chicago —anunció sin apartar la mirada de la ventana.

Mis cejas se elevaron con rapidez.

—¿Qué?

Se volvió para mirarme fijamente. Nunca había visto a Henry más serio.

—Le dije a Stan que Candice puede permanecer en el equipo, pero que sería mejor que operara desde su oficina en Chicago. Así que no vendrá a Tucson con nosotros.

Ahora me tocaba a mí ser mojigato.

—¿Crees que eso es realmente justo para la señorita Carlson? La pobre chica no hizo más que presentarse a una reunión. Si alguien debe ser expulsado de ir a Tucson, soy yo, no ella.

—La justicia no tiene nada que ver con esto. Y tienes que ir. No hay forma de evitarlo.

—Cuál es el problema?

—El problema es que ella te distrajo en la reunión. Por lo tanto, espero que se convertirá en una distracción para ti en Tucson. Y no podemos tenerte distraído.

Sacudí la cabeza y le dirigí la mirada de decepción que tan a menudo me dirigía él.

—Henry, pensé que eras más inteligente.

Frunció el ceño.

—¿Qué significa eso?

Me llevé un dedo a la barbilla y puse cara pensativa.

—¿Preferirías tenerme distraído y fuera del camino en Tucson? ¿O prefieres que asista a todas las reuniones importantes y que haga todo lo posible para acabar con el acuerdo?

Henry se quedó con la boca abierta, mientras las lucecitas se encendían dentro de su cabeza perfectamente peinada. Sacó su iPhone de la chaqueta y encontró el número de móvil directo de Stan Roberts.

—Stan, Henry Costas —dijo, sonriendo—. Por favor, haz caso omiso del correo electrónico que te envié antes sobre dejar a Candice Carlson en Chicago. Después de considerarlo, creo que ella jugará un papel vital en el éxito de la adquisición de Anderson. Sí, eso es correcto. Bien. Nos vemos en el aeropuerto en una hora.

Capítulo 8

Candice

En cuanto llegué a Goldman el lunes por la mañana, recibí un mensaje de Stan para que fuera a su despacho. Exhalé un largo suspiro y me reconcilié con el hecho de que me iban a echar del equipo.

Había llorado hasta la saciedad durante el fin de semana, así que aquella mañana no había más lágrimas que dar. Me puse la armadura y salí de mi apartamento dispuesta a dar la batalla y a recibir los golpes que el día pudiera traer.

Candice Carlson, la chica que llevaba su corazón en la manga y lloraba a la mínima, se quedó en el apartamento.

Candice Carlson, puta corporativa y perra dura emergida.

En un momento de puro optimismo, había preparado una maleta para el viaje y la había llevado a la oficina. La dejé en mi despacho de camino a ver a Stan. De ninguna manera me iba a presentar en su puerta con una maleta y la suposición de que todo estaba bien. Todo no estaba bien. Podía sentirlo en mis huesos.

Stan estaba detrás de su escritorio apilando papeles en su maletín cuando llamé a su puerta. Juliette, Bob e Irving estaban sentados en el sofá del despacho de Stan como los tres monos que veían, escuchaban y hablaban mal. Bob e Irving miraban fijamente sus tazas de café. Juliette tenía los ojos pegados a Bob. Había una ligera sonrisa de satisfacción en su rostro.

—Buenos días, Stan —dije, forzando una sonrisa para mantener las lágrimas a raya.

—Buenos días —saludó con gesto hosco, antes de mirarme fijamente a los ojos. Parecía estar eligiendo las palabras que me decepcionarían con rapidez y me quedé boquiabierta cuando las comisuras de sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Solo quería reunir a todos para explicaros el itinerario de la semana. —Se acercó al escritorio con cuatro papeles y los repartió al grupo—. Henry Costas me lo envió por correo electrónico antes. Os he reenviado una copia a cada uno de vosotros, pero quería daros una impresa que podemos revisar en el coche de camino al aeropuerto.

—¿Eso es todo? —inquirió Juliette. Me miró y los demás también.

Todos parecían un poco sorprendidos de que yo siguiera en el equipo.

—Eso es todo. —Stan rodeó su mesa y guardó el maletín. Levantó su reloj de pulsera cuando nadie se movió—. Vamos, gente. El coche sale hacia el aeropuerto en veinte minutos. Nos vemos abajo.



El jet corporativo de Empresas Wright tenía combustible y estaba listo para despegar cuando llegamos al hangar privado. Nos recibió Henry Costas en la pista, pero no vi a Tanner por ninguna parte.

Probablemente eso era algo bueno. Después del ardiente sexo imaginario que habíamos tenido, no estaba segura de poder evitar sonrojarme cuando nos encontráramos cara a cara.

El jet corporativo Wright era tan exagerado e impresionante como su dueño. Blanco impoluto por fuera, con el logotipo rojo brillante de Empresas Wright en la cola; cueros caros y maderas exóticas en el interior.

Había ocho asientos para pasajeros, cuatro en cada lado del avión. Los asientos estaban configurados en conjuntos de dos que miraban hacia dentro, hacia una pequeña mesa entre ellos.

Me abroché el cinturón frente a Bob para el viaje de tres horas a Tucson. Henry Costas se sentó frente a Stan. Juliette ocupó el asiento justo detrás de Stan y se pasó la mayor parte del viaje revoloteando sobre ellos como una azafata excesivamente ansiosa. Irving se puso unas gafas de sol oscuras y probablemente dormiría durante todo el trayecto.

Tras el despegue más rápido y suave que había experimentado nunca —fue literalmente como estar dentro de una bala disparada al aire—, abrí mi portátil para revisar el itinerario de la semana. Miré alrededor de la cabina. Todavía no había rastro de Tanner. Me pregunté si habría cambiado de opinión sobre unirse a nosotros en Tucson.

A los pocos minutos de vuelo, la profunda voz de un hombre crepitó por los altavoces montados en el techo sobre nuestras cabezas.

—Señoras y señores, bienvenidos al vuelo número 69 de Empresas Wright con servicio sin escalas desde Chicago, Illinois, a Tucson, Arizona. —Sonreí. Había algo vagamente familiar en la voz del piloto—. Hay cielos azules por delante y deberíamos llegar a Tucson en aproximadamente

tres horas, doce minutos y sesenta y nueve segundos.

Bob frunció el ceño y señaló el altavoz sobre su cabeza.

—¿Es la voz de Tanner Wright?

—El avión que volamos hoy es un flamante Gulfstream G650 con un precio de setenta y dos millones de dólares y sesenta y nueve centavos. El Gulfstream G650 puede alojar cómodamente a ocho pasajeros y cuatro miembros de la tripulación, y puede viajar una velocidad máxima de mil ciento cuarenta y dos kilómetros por hora, sin escalas, lo que lo convierte en el jet privado más rápido que el dinero puede comprar. Es decir, eso es jodidamente rápido, gente.

Puse los ojos en blanco ante Bob.

—Sí, el grandioso en persona.

—Así que, señoras y señores, en nombre del verdadero capitán y de su tripulación, espero que disfruten de su vuelo y si hay algo que necesiten, no duden en pedirlo. —El orador se quedó en silencio durante un momento, y luego añadió—: Oh, por encima y por debajo, quiero decir por encima y por encima, quiero decir, ah, joder, ya saben lo que quiero decir.

Hice todo lo posible por parecer poco impresionada, pero por dentro sonreía como el Gato de Cheshire. Tanner podía ser un odioso multimillonario imbécil, pero me estaba gustando. Solo un poco.

Un momento después, la puerta de la cabina se abrió de golpe y Tanner apareció con una sonrisa de satisfacción en el rostro. Llevaba sus habituales vaqueros y una camiseta, pero había añadido una chaqueta deportiva negra y una gorra de piloto. Seguía llevando las raídas zapatillas de tenis y sin calcetines.

Pasó por la cabina como un torbellino, saludando a todo el mundo, preguntando si podía tomar nuestros pedidos de bebidas, preguntando si necesitábamos nuestro carné de socio del club de la milla. Cuando terminó su pequeño espectáculo, puso la gorra de piloto en la cabeza de Bob y le preguntó si podía tomar prestado su asiento.

Bob era tan espeso como el barro cuando se trataba de captar indirectas sutiles. Se ajustó la gorra en su cabeza calva para que quedara baja sobre sus ojos, pero no se la quitó. Miró a Tanner con una mirada de confusión en su rostro.

—Lo siento, ¿quiere que le preste mi asiento?

—Si no le importa, señor capitán —dijo Tanner, saludando con un chasquido y juntando los tacones—. Hay otro asiento allí, frente al caballero que parece estar muerto o durmiendo

profundamente.

Bob levantó la cabeza para mirar a Irving, luego miró a Tanner y forzó una sonrisa.

—Claro, quiero decir que todos los asientos son iguales. ¿Verdad?

—Sí, lo son. —Tanner tomó su mano y tiró de él fuera del asiento. Le dio una palmadita en la espalda a Bob y señaló el asiento de enfrente de Irving—. Así que, ya que son todos iguales, no te importará sentarte en ese.

Observé cómo Tanner hacía el ademán de acompañarlo al otro asiento. Llamó a una de las azafatas que estaban como centinelas en la parte trasera del avión y le pidió que por favor cuidara bien de su mejor amigo.

La joven, una hermosa pelirroja que parecía recién salida de una revista, puso una mano en el hombro de Bob y prometió cuidarlo bien. Él la miró como un cachorro enamorado de su nueva dueña.

Eché un vistazo alrededor. Todos los ojos estaban puestos en mí. Costas y Stan fruncían el ceño a la par. Si los ojos de Juliette fueran láseres, ya me habrían atravesado la cabeza.

«Que se jodan», pensé.

No he hecho nada malo ni inapropiado. No voy a dejar que esta gente disminuya mi valor.

No voy a dejar que me juzguen.

No voy a correr al baño y llorar como un bebé.

No voy a llorar.

No lo voy a hacer.

Voy a...

—Vaya, no creí que se fuera a ir nunca — dijo Tanner con una amplia sonrisa mientras se deslizaba en el asiento de enfrente. Hizo una señal a la otra azafata que apareció inmediatamente en nuestra mesa.

—Bueno, hola, Patricia —la saludó con una mirada juguetona—. ¿Cómo estás hoy?

Patricia, que era el clon rubio de la pelirroja, puso las manos en la espalda y le dedicó una sonrisa perfecta.

—Hoy estoy excelente, señor Wright. ¿Cómo está usted?

—Desde luego que sí —dijo él, sonriendo—. Y yo estoy bien, gracias por preguntar.

—¿Puedo traerle algo? —preguntó ella.

—Sí. Me gustaría una taza de café negro y un bollo de miel.

—Sí, señor —Me sonrió—. ¿Y para usted, señorita?

La miré con la boca abierta. Era preciosa, pero no había pretensión ni condescendencia en sus ojos. Estaba allí solo para servir al capricho del amo. Qué suerte tenía.

Finalmente dije:

—Uhm, eso suena bien. Tomaré lo mismo.

—No te olvides de calentar esos bollos, cariño —añadió Tanner con un guiño.

Vi que le devolvía la sonrisa e inmediatamente sospeché que había algo más entre ellos. Es decir, él era un *playboy* multimillonario y atractivo y ella parecía una modelo de Victoria's Secret pluriempleada como auxiliar de vuelo. Quién podría culpar a ninguno de los dos si se hubieran unido mutuamente al club de las millas. Me pregunté cuántas veces le habrían sellado a Tanner el carné de socio del club.

—Así que, señorita Carlson —advirtió con un suspiro—. ¿Qué tal el fin de semana? —Se recostó en el asiento y rebuscó en el bolsillo de su pantalón. Sus dedos emergieron envueltos alrededor de la pelota de goma roja.

—Uhm, estuvo bien, señor Wright. Gracias por preguntar.

—Mira, si vamos a trabajar juntos tienes que dejar de llamarme señor Wright —sugirió, poniendo cara de bobo—. Ese tipo de título pone mucha presión en un tipo. Llámame Tanner.

Me hizo sonreír, lo que le hizo sonreír a él.

—De acuerdo, Tanner. Por favor, llámame Candice.

Como si se tratara de una señal, ambos miramos para encontrar a los otros pasajeros mirándonos fijamente, como si fuéramos artistas en un escenario y ellos fueran el público estupefacto que presenciaba un espectáculo que nunca esperaban ver.

Tanner los miró con dureza y sus miradas desaparecieron rápidamente.

La empleada nos entregó el café y los bollos de miel. Cerré el portátil y lo guardé bajo el asiento para hacer sitio.

El café estaba muy caliente. Tuve que dejarlo enfriar antes de intentar beber un sorbo. Qué horrible sería estar sentada frente a un apuesto multimillonario, pagado de sí mismo, y quemarme la lengua con el café caliente.

No, gracias, sería un momento embarazoso que no necesitaba.

Tanner, en cambio, parecía no tener ningún miedo a quemarse la lengua. Cogió el café y sopló una bocanada de aire fresco en la taza, luego bebió un sorbo cauteloso.

—Vaya, está caliente —observó, relamiéndose los labios. Dejó la taza y agarró el bollo de miel con la mano libre y dio un gran mordisco. Cerró los ojos y gimió con el sabor.

—Os recomiendo los bollos de miel calientes, gente —dijo en voz alta.

Lo observé por un momento. Era casi como un niño; un niño grande, rico y odioso. Estaba buenísimo y era varonil al máximo, pero también había inocencia en él. Tal vez era como yo. Tal vez el Tanner público y el Tanner privado eran dos personas muy diferentes. Probablemente nunca lo descubriría, pero ciertamente era una perspectiva intrigante.

—Así que, Candice, hablemos de negocios. —Su tono y expresión volvieron a ser formales. Se chupó el glaseado de los dedos y se limpió la mano y los labios con una servilleta—. Dame tu opinión sobre la adquisición de Anderson.

—¿Mi opinión?

—Sí, tu opinión. —Se inclinó y me miró con los ojos entornados—. Supongo que has leído los documentos de la adquisición.

Asentí con la cabeza.

—Sí, los he leído.

—¿Y has leído el programa de la empresa?

—Sí.

—Y tienes nuestra investigación interna sobre las finanzas de Anderson.

—La tengo. —Tuve que sonreír o mi cara se resquebrajaría.

Levantó la pelota de goma que había entre nosotros con la punta de los dedos y fijó sus ojos en ella, como si fuera una bola de cristal que predijera el futuro.

—Entonces, ¿qué te parece? ¿Estamos haciendo un buen trato? ¿Un trato justo? ¿Estamos violando y saqueando su pueblo? ¿O nos están llevando al banco? ¿Qué opinas?

Me lamí los labios con nerviosismo. Sabía que todos estaban escuchando. Stan me habría dicho que le dijera a Tanner lo que quería oír. Juliette me habría dicho que remitiera la pregunta a Stan. Pero no me pagaban para ser una mujer que dice sí o para esquivar preguntas importantes.

Me aclaré la garganta y dije lo que realmente pensaba.

—Bueno... Tanner, creo que el precio que has ofrecido es justo, pero tengo algunas dudas sobre las cuentas de resultados de Anderson de los últimos diez años. Había algunas discrepancias en las cuentas de resultados que...

Henry Costas me cortó.

—Esas cuentas de resultados han sido revisadas por nuestros contables internos. No es necesario que pierda el tiempo con eso, señorita Carlson.

Eso era nuevo para mí. Revisar las cuentas anuales desde la apertura de la empresa en 1974 era una de las tareas que me habían asignado y se lo dije.

—Eso debió de asignarse a la lista de tareas antes de que el trabajo se hiciera en la empresa —replicó Costas. Miró a Stan—. ¿No es cierto, Stan?

Stan se removió un momento en su asiento. No tenía ni idea de si eso era correcto o no. Se quedó pensativo un momento y luego hizo lo que siempre hacía. Dijo lo que el cliente quería oír.

—Sí, lo siento, Candice, el señor Costas tiene razón. No debe tener la lista de pedidos más reciente. Se la haré llegar tan pronto como aterricemos.

¿La última lista de pedidos? ¿De qué diablos estaba hablando? Yo tenía la única lista de órdenes de trabajo que se había asignado; la misma lista de órdenes de trabajo que el resto del equipo.

Me había pasado la mayor parte del fin de semana —cuando no estaba sollozando como un bebé y metiéndome helado en la cara— estudiando cuatro décadas de pérdidas y ganancias de Anderson para tener una ventaja en caso de que no me echaran del equipo.

Y a menos que las finanzas que me habían enviado estuvieran equivocadas, entonces había banderas rojas que debían ser atendidas.

Tanner pareció estudiar a Costas y a Henry durante un momento antes de volverse hacia mí. Los músculos de su antebrazo se flexionaron mientras apretaba la pelota de goma. Me habló con los ojos. Su mirada me dijo que más tarde abordaríamos las banderas rojas de la cuenta de resultados de Anderson.

—Aparte de eso, dame tu opinión sobre la adquisición.

Antes de que pudiera responder, dirigió una mano a los demás, que miraban y escuchaban mientras intentaban fingir que no lo hacían.

—Escuchad, porque luego os voy a hacer a cada uno la misma pregunta.

Me aclaré la garganta, crucé las manos sobre la mesa y me apoyé en los codos.

—Creo que la adquisición es inteligente, dado el precio de la acción que se está pagando, que es de treinta y un dólares por acción. Son dos dólares por encima del mercado, pero cualquier cosa que llegue a cuarenta dólares por acción sería una ganga, dado el valor de los contratos y activos que tiene Anderson.

—¿Y sus planes de infraestructura y expansión? Según tu currículum eres uno de los expertos de Goldman en redes digitales y fibra óptica.

Intenté mantener la mirada de suficiencia en mi rostro. Me pregunté si alguien más del equipo se había molestado en leer mi currículum.

—Su infraestructura es sólida, pero envejece con rapidez. Tienen contratos para instalar redes de fibra óptica en varios municipios pequeños y medianos, pero la competencia para entrar en mercados importantes como Nueva York, Chicago y Atlanta es feroz. Hasta que esos sistemas estén instalados, sus clientes están a merced de las antiguas redes de cable, lo que podría ser un problema en el futuro.

Entornó los ojos hacia mí. Todos lo hicieron. Sabía exactamente de qué estaba hablando.

—Y si sus antiguos clientes están a merced de su vieja tecnología, esos clientes podrían verse atraídos por un operador diferente con una nueva tecnología, como la fibra óptica que ofrece mayor conectividad y velocidades más rápidas —explicó.

—Exactamente —asentí—. No es una preocupación tremenda ahora, pero si empresas como Charter y Spectrum instalan redes de fibra óptica más rápido que Anderson, bueno...

—Podrían atraer a los clientes de Anderson, haciendo que la empresa sea menos valiosa de lo que es hoy. —Me dedicó una sonrisa que no estaba llena de trucos ni de trampas. Era de admiración—. Impresionante, señorita Carlson.

—Candice —respondí.

—Sí. Candice.

Hizo girar su silla para mirar a los demás y rebotó la pelota de goma en el suelo entre sus pies.

—Muy bien entonces. Escuchemos lo que el resto tiene que decir.

Me comí todo el bollo de miel y me bebí el café mientras escuchaba a los miembros más

mayores, más sabios y más expertos del equipo decir básicamente lo mismo que yo.

De vez en cuando, Tanner me miraba y sonreía, como diciendo: «Lo has clavado, chica».

Me di cuenta de que no podía evitar que mis ojos recorrieran su cuerpo mientras dirigía la reunión.

Tanto encanto juvenil en un paquete tan seriamente caliente y seriamente brillante.

Tal vez, Tanner Wright no era tan idiota después de todo.

Capítulo 9

Tanner

Cuando el avión de la empresa aterrizó en Tucson, estaba seguro de tres cosas.

Cosa número uno: Henry había hecho bien en contratar al equipo de Goldman y Stern para que realizara la última diligencia en el trato con Anderson. Todos eran muy listos y conocían bien el sector. Yo estaba impresionado, aunque tuve que sacar la afilada nariz de Stan de mi culo una o dos veces.

Incluso la mujercita enfadada que parecía que podía masticar uñas, el contable bobalicón enamorado de la gorra de piloto y el águila legal que creo que estaba dormido con los ojos abiertos la mayor parte del tiempo, todos tenían una buena visión y aportación al acuerdo.

Segunda cosa: había señales de alarma en las cuentas de resultados de Anderson que claramente Henry no quería discutir delante del grupo Goldman. Bien, nos ocuparíamos de esas banderas rojas cuando estuviéramos solos.

A veces nuestros tratos requerían que hiciéramos cosas, dijéramos cosas o ignoráramos cosas para mantener ciertos hechos y cifras fuera del ojo público. Tenía la sensación de que a Stan le habían pillado con los pantalones bajados porque subestimó las capacidades de su joven analista.

Y, por último, la tercera cosa de la que estaba seguro cuando el avión aterrizó en Tucson era que quería conocer mejor a Candice Carlson. Mucho mejor. Mucho mejor.

No sabía exactamente qué me atraía de ella, pero me sentía como una polilla atraída por una llama. No quería que me quemara las alas, ni otras partes del cuerpo.

Tal vez fuera que era hermosa de una manera discreta. No había que quitarle el maquillaje de la cara ni quitarle las capas de sus múltiples personalidades para encontrar a la verdadera mujer que había debajo.

Era genuina, sincera y muy distinta a las demás mujeres con las que solía pasar el tiempo.

Era inteligente, divertida, cálida y con los pies en la tierra. Me encantaba la forma en que su

nariz se arrugaba cuando se reía de mis estúpidos chistes y cómo las comisuras de sus labios se curvaban en una sonrisa.

No había ninguna pretensión en sus ojos. Lo que veías era lo que tenías. Eso me encantó de inmediato.

Candice Carlson era auténtica.

Un artículo genuino.

Solo me preguntaba, qué podía hacer para gustarle, alguien como yo. Era una pregunta que se hacían los adolescentes, los amantes enamorados y los multimillonarios enamoradizos acostumbrados a conseguir lo que querían.

Sabía que presumir de mis coches, aviones y dinero no iba a impresionarla. No, a una mujer como Candice Carlson no le importaban ese tipo de cosas.

Yo tenía una personalidad ganadora. Era divertido y encantador, bien parecido y en buena forma. Ah, y modesto. Era muy modesto. Y de acuerdo con docenas de mujeres en el área de Chicago —y en todo el mundo— mis polvos eran impresionantes.

Podía asombrarla con el tamaño de mi polla y mi habilidad para el *rock and roll* toda la noche, pero eso era un movimiento de la fase dos.

Primero, tenía que llevarla a la fase uno, conseguir que le gustara y todo lo demás encajaría.

Capítulo 10

Candice

Un equipo de Telecomunicaciones Anderson estaba esperando en la pista cuando aterrizamos en Tucson. Tanner y Costas se subieron a la parte trasera de una limusina con los ejecutivos de Anderson y se fueron en una dirección, y el equipo de Goldman se metió en una furgoneta conducida por un asistente y fue trasladado a las oficinas en el centro de Tucson.

Aunque el resto del país estaba congelado, el invierno en Tucson parecía la primavera en Nebraska. Hacía mucho calor y estaba soleado. Nos quitamos los abrigos de invierno de Chicago y los dejamos en el avión antes de subir a la furgoneta.

Me pasé todo el día encerrada en una sala con media docena de analistas y un director del grupo de expansión de la red de Anderson. La tarea consistía en realizar un análisis de costes sobre sus principales planes de expansión de mercado. Mi trabajo era determinar si los planes de Anderson eran realistas o estaban inflados para hacer subir el precio de las acciones de adquisición.

Stan apareció en la puerta a eso de las seis y dijo que lo dejara por hoy. Nunca me alegré tanto de verlo en mi vida. Para cuando me instalé en la habitación del hotel, eran casi las ocho y mi cerebro estaba frito.

Me despojé de la ropa y la colgué ordenadamente en las perchas, luego me di una ducha rápida. El agua caliente me sentó de maravilla, ya que eliminó la tensión de mi cuello y mis hombros.

No me había dado cuenta de lo estresante que había resultado el día, ni de cómo se me habían anudado los músculos. Cerré los ojos y deseé que Tanner estuviera conmigo en la ducha, frotando la tensión de mis hombros mientras su polla se deslizaba dentro de mí desde atrás.

El rugido de mi estómago me obligó a volver a la realidad. Recordé que no había comido nada desde el bollo de miel.

«Oh, bueno, dejemos esa fantasía para otro día», pensé.

Cerré la ducha y cogí una toalla.

Me puse unos pantaloncitos cortos y una camiseta raída de Harvard. Algunas mujeres dormían en camisón, otras en bata y otras desnudas. Yo me puse cómoda para ir a la cama porque no tenía que impresionar a nadie.

Me recogí el pelo en una coleta y eché un vistazo al menú del servicio de habitaciones del tocador. Llamé y pedí una hamburguesa con queso, patatas fritas y un batido de chocolate. Cuando estaba fuera de la ciudad, mi habitual régimen de alimentación saludable se esfumaba.

Agarré el mando a distancia y me acomodé en la cama para ver un poco de televisión, hasta que llegó la cena «no tan saludable».



Llevaba treinta minutos viendo una repetición de *Las amas de casa del condado de Orange* cuando alguien llamó a la puerta.

—¡Servicio de habitaciones! —dijo una voz.

—Un momento. —Apagué el televisor y salté de la cama. Recogí mi bolso de la cómoda para dar una propina al camarero.

Cuando abrí la puerta, allí estaba Tanner Wright, con un gorro de cocinero y empujando un carrito que contenía un surtido de platos cubiertos.

—¿Qué demonios? —pregunté con una amplia sonrisa—. ¿Qué haces?

—Entregando su cena, señora. —Empujó con los brazos el carro de comida como si lo hubiera hecho aparecer por arte de magia—. ¿Puedo entrar o prefiere cenar en el pasillo?

Me hice a un lado para dejar que empujara el carro hasta la habitación. Me indicó que me sentara a los pies de la cama e hizo ademán de quitar las tapaderas.

—Esta noche, tenemos para la señora Carlson una encantadora ensalada fresca del jardín, que, si me permite, le recomiendo que tire a la basura porque en realidad es solo comida para conejos. —Levantó la tapa de plata—. Como plato principal, tenemos un magnífico filete *mignon*, adornado con zanahorias baby y puré de patatas al ajo. —Levantó la siguiente tapa—. De postre, tenemos una deliciosa porción de tarta de queso con fresas y para beber, tenemos café, té o... —Metió la mano debajo del carro y sacó dos paquetes de seis cervezas—. Coors en botella, mi favorita.

—Eres realmente increíble —dije con una sonrisa. Levanté la barbilla y dejé que mis ojos recorrieran los platos—. Parece que has traído suficiente para dos.

Hizo una mueca de sorpresa.

—¿Lo hice? Vaya, la cocina debe de haber estropeado tu pedido. Haré que los azoten de inmediato.

—No puedo comer todo eso —le advertí, encogiéndome de hombros. Arqueé las cejas y sonreí—. ¿Te gustaría acompañarme?

Tanner se quitó el gorro de cocinero de la cabeza, lo tiró en el carro y se frotó las manos con una sonrisa.

—Estaba esperando que dijeras eso —gruñó—. ¡Estoy hambriento!



Tanner extendió la comida en la pequeña mesa frente a la ventana. Nos sentamos en lados opuestos y comimos como almas hambrientas. La comida era increíble. Destrozamos las ensaladas, el filete se deshizo en mi boca y el postre me hizo gemir, literalmente.

Durante horas, charlamos como viejos amigos mientras llenábamos la barriga y bebíamos cerveza fría. Tanner habló de su vida, de cómo fundó la empresa en el garaje de sus padres cuando era apenas un adolescente, de cómo conoció a Henry Costas en el MIT y lo convenció para que se convirtiera en su socio, de cómo él y Henry habían construido la empresa desde cero.

Hubo muchas victorias, pero pude percibir cierta tristeza cuando habló de su vida personal. Nunca se había casado. Nunca se había acercado. Admitió ser un *playboy*, pero en un momento de reflexión, dijo que le encantaría conocer a la chica adecuada algún día y formar una familia. Observé sus ojos mientras hablaba. El imbécil que había conocido el día anterior ya no estaba allí.

Había sido sustituido por —me atrevo a decir— un buen tipo.

Tanner se recostó con su quinta o sexta cerveza y suspiró.

—Sí, señora, ha sido un viaje interesante. —Tomó un sorbo y arqueó las cejas—. ¿Y tú, Candice Carlson, con tus elegantes trajes de negocios y un MBA de Harvard? ¿Por qué no hay una persona importante en tu vida?

Me llevé la botella a los labios e intenté ser cautelosa.

—¿Quién dijo que no hay una persona importante en mi vida?

—Lo dice Facebook —respondió.

La botella se congeló en mi labio inferior.

—Oh, Dios mío. ¿Me has buscado en Facebook?

—Dios mío, ¿me has espiado en Facebook? —resopló y agregó—: Claro que sí. No lo sabes, pero Facebook lo revela todo. Y según tu estado de relación, estás soltera.

—¿Por qué no hay un estado de relación que diga que no es de tu puta incumbencia?

—Creo que lo hay, en realidad. —Hizo un mohín pensativo—. Es el que está justo debajo de «vete a la mierda y muérete».

Vacíé la botella y me dio otra. Entonces cometí el error de hablarle de Scott y de cómo su madre le había obligado a romper conmigo.

—Qué coño —gruñó.

—Oh, no tienes ni idea. —Me relamí los labios—. Scott llevó la palabra coño a nuevas cotas.

—Puso el listón de los coños más alto para toda la humanidad —dijo él muy serio—. Maldito niño de mamá.

—Tienes razón.

—Déjame decirte algo —arrastró un poco las palabras—. Si fueras mi chica y mi madre me dijera que te dejara... —Asomó el labio inferior y negó con la cabeza—. Le diría que ni de coña. ¿Sabes lo difícil que es encontrar una buena chica por ahí?

Casi me salió cerveza por la nariz al atragantarme. Agarré una servilleta y me limpié la boca, mientras él sonreía ante mi reacción. Agité las manos delante de mi cara para abanicar las lágrimas que me producía la risa.

—Entonces, ¿crees que soy una buena chica? —pregunté medio en broma.

Tanner lamió la cerveza de sus labios y me miró a los ojos.

—Creo que eres una chica muy agradable. ¿Crees que soy un buen chico?

—Oh, no. —Sentí el rubor del alcohol fluyendo por mis venas. Me incliné hacia él y lo fulminé con la mirada—. Creo que es usted un chico malo, señor Wright. Un chico muy malo, de

hecho.

Me bebí la botella y la dejé caer de golpe sobre la mesa.

Capítulo 11

Tanner

Tengo que admitir que me quedé un poco sorprendido —y más que excitado— cuando Candice engulló el resto de la cerveza de la botella como un motero en un concurso de beber y la dejó de golpe sobre la mesa.

Se pasó la lengua por los labios y me miró. Estaba un poco borracha. Los dos lo estábamos. Pero no tan borrachos como para no saber lo que iba a pasar.

Eructó y me dedicó una sonrisa tonta.

Yo eructé más fuerte y le di una sonrisa más grande.

Me acerqué a ella a través de la mesa. Se levantó de la silla y se acercó a mí. Se puso a horcajadas sobre mis piernas para sentarse sobre mis muslos y enmarcó mi cara con las manos.

Acercó su boca a la mía y me miró mientras su lengua recorría mis labios. Luego cerró los ojos y apretó sus labios contra los míos, nuestras lenguas empezaron a mecerse.

En un instante, mis manos exploraron su cuerpo. Llevaba unos pantaloncitos sueltos. Introduje los dedos por las aberturas de las piernas y los hundí en sus nalgas. Podía sentir sus grandes tetas presionando mi pecho. Se retorció contra mí mientras nos besábamos y mi sangre empezó a hervir.

—Nadie puede saberlo —dijo ella, respirando en mi oído mientras yo mordisqueaba el borde de su mandíbula. Todavía enmarcaba mi cara y tiró de mi cabeza hacia atrás para mirarme—. Tanner, ¿me oyes? Nadie puede saberlo.

—Te oigo —repetí, mirándola a los ojos—. Nadie puede saberlo.

Me miró a los ojos durante un momento, como si tratara de determinar si estaba diciendo la verdad o solo lo decía para echar un polvo. Después, satisfecha, volvió a apretar sus labios contra los míos y empezó a subirme la camiseta. Retiré las manos de su culo y me pasé la camiseta por la cabeza. Ella hizo lo mismo.

Sus hermosos pechos rebotaron cuando la camiseta se desprendió de su cabeza. Eran

redondos y de color blanco lechoso. Sus pezones parecían fresas oscuras sobre dos platos de porcelana.

Los acaricié y masajeeé con suavidad, mientras jugueteaba con sus pezones.

Dios, me encantaban aquellos pechos grandes y naturales.

Nada podía compararse a la sensación de unas tetas naturales de mujer en las manos de un hombre.

Vale, bien, también me gustaban las operadas, pero las de Candice eran jodidamente increíbles.

Me rodeó con las piernas y la llevé hasta la cama.



¿Virgen? ¿Me tomaba el pelo? ¿Candice Carlson era virgen? No lo creía. Nunca había conocido a una virgen. ¡Mierda! Eso demostraba la suerte que tenía.

No era un completo imbécil, por supuesto. Cuando me dijo que era virgen, le pedí que se asegurara de que quería darle su pureza a alguien como yo. Que no se dijera que Tanner Wright había decepcionado a una dama en apuros.

Tampoco soy insensible al funcionamiento interno de la anatomía femenina. Candice me dijo que fuera despacio, así que eso es lo que hice. Pero una vez que la presa se rompió, ella fue como un gato salvaje debajo de mí.

Arañó mi espalda mientras yo martillaba mi polla dentro y fuera de ella. Mierda... estaba apretada como un tambor. Era como si su coño tuviera pequeños dedos que apretaban y ordeñaban mi miembro con cada empuje.

Apoyé las palmas de las manos en la cama, junto a ella, y observé su cara mientras el primer orgasmo real sorprendía a su cuerpo virginal. Sus hermosas y grandes tetas rebotaban en su pecho. Las agarré, las junté y apreté los pezones hasta que se volvieron de color carmesí.

Dios, era una preciosa visión. Mis pelotas comenzaron a tensarse, mi orgasmo a punto de entrar en erupción. La penetré profundamente, todo lo que pude, y luego volví a salir y a entrar.

—Oh... Tanner... me estoy corriendo... córrrete con...

Ella abrió los ojos y sonrió mientras se corría.

Introduje la lengua en su boca al tiempo que la llenaba con mi semen caliente. Me agarró por el culo y me atrajo hacia su cuerpo sin dejar de gemir por un descomunal orgasmo.

Unas cuantas embestidas más, uno o dos estremecimientos más, y sentí que se quedaba sin fuerzas.

Con un suspiro de felicidad, me derrumbé en la cama junto a ella y me quedé profundamente dormido.

Capítulo 12

Candice

Los cinco días que pasamos en Tucson fueron los mejores de mi vida. No porque el trabajo fuera satisfactorio o porque impresionara a todo el mundo con mis conocimientos sobre el sector de las telecomunicaciones y el análisis de costes, que lo hice, claro.

Los cinco días fueron increíbles porque incluyeron cuatro noches en las que Tanner Wright estuvo en mi cama.

Aunque apenas podíamos quitarnos las manos de encima, nos las arreglamos para mantener nuestro romance en secreto.

Hubo una ocasión en la que estuvimos a punto de besarnos en el ascensor del hotel y Costas y Stan estaban allí cuando se abrieron las puertas. Por supuesto, para entonces, yo estaba en un lado del ascensor y Tanner en el otro. Hicimos todo lo posible para fingir que apenas podíamos soportarnos el uno al otro.

Era una de las cosas más difíciles que había tenido que hacer. Cuando estábamos en la misma habitación —o en el ascensor— mis dedos ansiaban tocar su piel. Mis labios ansiaban los suyos. Mis partes femeninas querían festejar con sus partes masculinas. Y lo hicimos.

Nos evitábamos durante el día, lo cual no era muy difícil. Yo siempre estaba encerrada con frikis y analistas, mientras él era agasajado por el director general y otros ejecutivos. Tenía la clara impresión de que, si Empresas Wright no adquiría Telecomunicaciones Anderson, la empresa no seguiría existiendo durante mucho más.

Pasé el menor tiempo posible con el equipo de Goldman; sobre todo, celebrando cenas de trabajo en el restaurante del hotel para discutir el estado de la diligencia que llevábamos a cabo.

Bob, el contable, no encontró nada fuera de lo normal.

Tampoco lo habían hecho Irving, el abogado, ni Juliette, la... uhm... ¿qué es lo que hacía Juliette?

Stan parecía satisfecho con nuestros progresos y dijo que volaríamos de vuelta a Chicago el

viernes. El lunes nos alojaríamos en Goldman y nos tomaríamos la semana para preparar nuestras conclusiones y presentarlas a Wright el viernes siguiente.

—Creo que están muy contentos con nuestro trabajo —dijo Stan con suficiencia, como si el mérito fuera suyo y solo suyo—. Vamos a terminar fuerte, gente, y a impresionarles de lo lindo la semana que viene.

Tanner venía a mi puerta todas las noches alrededor de las diez. Se deslizaba dentro de la habitación y luego se deslizaba dentro de mí. Alternábamos entre locas sesiones de sexo, apasionadas y casi ásperas, y sesiones de amor más suaves, más lentas y más largas.

No puedo decir que prefiriera una cosa a la otra. Me gustaba todo: rápido, lento, duro, suave, duro, tierno... Era feliz, mientras estuviera a mi lado. Era especialmente feliz cuando estaba dentro de mí.



El viernes por la mañana me desperté y encontré a Tanner sentado a los pies de la cama atándose las zapatillas. Había dejado mi habitación temprano cada mañana para escabullirse a su suite para ducharse y cambiarse para el día.

—Buenos días —saludó con una sonrisa. Se inclinó para darme un beso.

—Buenos días —suspiré. Agarré mi teléfono para ver la hora—. Maldita sea, ¿ya es viernes?

—Me temo que sí.

—¿Vuelves a volar con nosotros hoy?

—Me temo que no. —Negó con la cabeza—. Henry dejó un mensaje esta mañana temprano. Tengo que volar a Atlanta durante unos días para ocuparme de algunos asuntos, pero estaré de vuelta en Chicago para nuestra reunión de cierre la semana que viene. Te enviaré un mensaje desde el camino. No te preocupes.

—Te echaré de menos. —Procuré no sonar como una chica llorona y pegajosa; que era exactamente como me sentía.

—Yo también te echaré de menos —dijo con una sonrisa somnolienta. Se inclinó y me besó de nuevo. Esta vez un poco más largo. Un poco más profundo.

Sin decir nada más, salió sigilosamente de mi habitación y me dejó preguntándome cómo sería nuestra relación una vez que estuviéramos de vuelta en Chicago.

Era algo de lo que no habíamos hablado, pero que siempre estaba en mi mente. Era una chica, por Dios, como todas las demás. Quería saber cuál era mi situación con Tanner, pero dudaba en sacar el tema tan pronto.

Me preguntaba si le gustaba de verdad o solo era una aventura fuera de la ciudad. ¿Una aventura de una noche? ¿Teníamos un futuro juntos? Necesitaba saber si me había reservado para el Señor Correcto, o el Señor Equivocado, y si parecía Lizzie Lohan en una película de adolescentes de mierda.

Sí, dijo la vocecita de mi cabeza.

Sí, sí.

Tiré el teléfono a la cama y me di la vuelta para volver a dormir. Ya me volvería loca con las dudas y la lástima más tarde.

Capítulo 13

Tanner

Cuando subí al avión, Henry Costas ya estaba sentado en su asiento de primera clase en el vuelo comercial que nos llevaría de Tucson a Atlanta. Había decidido dejar el Gulfstream en Tucson para que Candice y el equipo de Goldman volaran a casa.

Nunca se me ocurrió que mi acto de caballerosidad encubierto pudiera levantar algún tipo de sospecha con Henry.

Evidentemente, me equivoqué, porque se puso en guardia en el momento en que me senté y se inclinó para preguntarme:

—¿Dime otra vez por qué no estamos en el Gulfstream y el grupo Goldman no está volando de vuelta en un vuelo comercial?

Le dirigí una mirada confusa.

—Siempre me das la lata con lo de tratar a la gente de forma más profesional y no actuar como un rico gilipollas. Pensé que era un buen gesto. Pensé que estarías orgulloso de mí por poner a los demás en primer lugar.

Henry soltó una carcajada.

—Dame un respiro, Tanner. Simplemente no querías que tu nueva novia tuviera que volar de vuelta a Chicago en la parte trasera de un avión, encajada entre esos dos idiotas, Bob e Irving. Muy caballeroso de tu parte, mi muchacho. Y muy fuera de lugar.

Fingí ignorancia. Malamente.

—¿Qué nueva novia?

—Oh, por el amor de Dios, Tanner, la chica a la que te has estado tirando todas las noches desde que llegamos a Tucson. —Cruzó las piernas y se pasó una mano por la rodilla—. Si soy honesto, pensé que ella era la única mujer que no caería en tus trucos. Pensé que era mejor que eso. —Me miró de reojo—. Resulta que solo era otro ladrillo en la pared.

—¿Qué significa eso, Pink Floyd?

—Significa que has demostrado una vez más que puedes llevar a cualquier mujer a tu cama. Bravo. Al menos no era una accionista de Anderson o un miembro del comité ejecutivo. Si tenías que tirarte a alguien, al menos me alegro de que fuera una analista de Goldman, con menos de dos años de experiencia, y no alguien importante.

Me giré de lado en el asiento para mirarle.

—Esto ha sido así.

—¿No? Eso es lo que me ha parecido.

Apreté los dientes por un momento.

—Espera, ¿cómo sabes que estuve con ella todas las noches? Tuve mucho cuidado de no... ¿Me hiciste seguir?

Henry soltó un suspiro aburrido y extendió las manos.

—Hice que te siguieran.

Sentí que me hervía la sangre mientras miraba alrededor de la cabina, para ver quién podía ser testigo del ataque que estaba a punto de lanzar. Las azafatas se arremolinaban mientras los últimos pasajeros se acomodaban. Aunque por dentro estaba a punto de explotar, me obligué a mantener la calma por fuera.

—¿Por qué has hecho que me sigan? —pregunté en voz baja.

Me miró como si hubiera hecho una pregunta tonta.

—¿En serio quieres saberlo? —Negó con la cabeza—. Tanner, te quiero como a un hijo, y creo que eres un tipo brillante, pero si pasaras tanto tiempo pensando con el cerebro como con la polla, Empresas Wright sería una empresa mucho más grande.

Parpadeé. Quería a Henry como a un tío, pero no me gustaba mucho en aquel momento.

—Tal vez pienses que la empresa estaría mejor contigo en la silla de director general —espeté—. Alguien que piense con el cerebro porque su polla ya no funciona.

—No se trata de que te sustituya, Tanner.

—¿Entonces de qué se trata, Henry? —pregunté, más fuerte de lo que debía. Una de las azafatas empezó a acercarse a mí, pero le hice un gesto para que se fuera.

—Ya sabes de qué se trata.

—Hagamos como si no lo supiera. Dímelo.

Henry sacó sus gafas de lectura del interior de su chaqueta y las limpió con un pañuelo. Se las puso en la punta de la nariz y agarró el ejemplar de *The Wall Street Journal* que había estado tirado en el asiento de al lado.

—Se trata de tu incapacidad para ver lo que tienes delante de la cara, muchacho. —Levantó la barbilla para mirar a través de las gafas mientras ojeaba la primera página del periódico—. Tu deseo de follar, de salir de fiesta y ser constantemente el chico malo te está cegando de lo que es realmente importante. Como siempre.

Parpadeé y resistí las ganas de arrancarle el maldito periódico de las manos.

—¿Qué es lo que no veo, Henry?

Me miró por encima de las gafas de lectura y suspiró. —Solo digo que si tu novia nos jode esta adquisición, no tienes que culpar a nadie más que a ti mismo. Ahora abróchate el cinturón, hijo. Va a ser un viaje movido.

Capítulo 14

Candice

Odio admitirlo, pero saber que Tanner estaba ahora a miles de kilómetros de distancia, traía una sensación de claridad a mi cerebro, que había pasado a un segundo plano con respecto al resto de mis órganos.

Era difícil concentrarse en montañas de datos financieros cuando te imaginabas a un tipo haciéndote el amor.

Pasé el fin de semana revisando mis hallazgos del viaje a Tucson y compilando los datos en un informe que presentaría a Stan el lunes. El plan de expansión de la fibra óptica de Anderson era sólido, aunque un poco ambicioso en el mercado actual. No era algo que afectara al acuerdo, sino algo que Empresas Wright debía tener en cuenta en el futuro.

Mientras repasaba una vez más los costes asociados a la expansión, mi mente volvía a las banderas rojas que había detectado en los antiguos informes de pérdidas y ganancias la primera vez que los había revisado.

Parte de la razón por la que Telecomunicaciones Anderson no había cumplido las estimaciones de mercado, durante esos años, se atribuyó al coste de sustitución de las redes más antiguas en las zonas más rurales a las que la empresa prestaba servicio.

Si las cifras que vi eran realmente correctas, y Anderson perdió dinero durante esos periodos, el balance que presentaban ese día sería inexacto.

De hecho, podría haberse desviado hasta en cien millones de dólares. Y si ese fuera realmente el caso, las acciones por las que Tanner pagaría treinta y un dólares por acción, valdrían más bien diez dólares por acción. Si la Comisión de Valores y Bolsa, el gobierno o una tercera parte interesada auditara alguna vez los libros antiguos, las discrepancias saldrían a la luz y las acciones de Empresas Wright podrían caer como una piedra caliente.

Volví a sacar las antiguas cuentas de resultados, las que Henry Costas dijo que eran incorrectas. Me mordí la uña y volví a repasar los números y obtuve el mismo resultado.

La diferencia entre lo que mostraba el balance actual de Anderson y lo que mostraban las

pérdidas y ganancias históricas era una brecha demasiado grande como para que la gente interna de Tanner la pasara por alto. Seguramente, volvieron a investigarlo.

Tal vez, fue entonces cuando se actualizaron las cuentas de resultados y yo no recibí una copia nueva.

O bien los números estaban equivocados desde el principio y se corrigieron después de encontrar el error; o bien los números eran correctos desde el principio y se ajustaron para mostrar lo contrario.

La primera era incompetencia. La segunda, altamente ilegal.

Me quedé mirando la pantalla durante un momento y, entonces, se me ocurrió una idea. Agarré mi teléfono y encontré la información de contacto de Ruth Bennett, mi asesora financiera personal. Todavía no tenía mucho dinero para que Ruth lo administrara, pero sabía que algún día lo tendría, con un poco de suerte. Era domingo por la tarde, así que llamé al número de su casa.

—Hola, Candice —saludó con alegría. Cuando administras el dinero de otras personas, por alguna razón siempre estás contenta. Incluso cuando te llaman en domingo—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Hola Ruth, solo tenía una pregunta rápida sobre las acciones de una empresa a la que estoy asesorando. Te pido disculpas por llamarte en fin de semana, pero necesitaba preguntarte, si tienes un momento.

—Claro. ¿Cuál es la empresa?

—En realidad son dos: Empresas Wright y Telecomunicaciones Anderson.

Ruth me puso en manos libres. Pude oírla teclear.

—Bien, las acciones de Wright cerraron a noventa y siete dólares por acción el viernes. Las acciones tienden a subir por la noticia de que Wright va a adquirir, ah, Telecomunicaciones Anderson.

—¿Y qué pasa con las acciones de Anderson? Supongo que suben en previsión de la adquisición.

Golpeó las teclas del ordenador.

—Subió un dos por ciento el viernes, a veintinueve dólares por acción. Parece que Wright ofrece treinta y un dólares por acción, así que los accionistas de Anderson deben estar encantados.

—Seguro que lo están. —Apoyé la barbilla en la mano y miré los números en mi pantalla—.

Ruth, ¿qué pasaría si Wright adquiriera Anderson y luego saliera a la luz algún asunto que demostrara que las acciones de Anderson no valen lo que Tanner, quiero decir, Wright, pagó por ellas?

Ruth quitó el altavoz del teléfono. Su voz era clara cuando preguntó:

—¿Por qué haces esa pregunta, Candice? ¿Está Goldman consultando a Wright sobre la adquisición?

—Realmente, no puedo decir nada más —expliqué—. Solo dime, ¿cuáles serían las repercusiones si algo así ocurriera?

Ella suspiró en mi oído.

—Bueno, si sale a la luz que Wright pagó de más por Anderson, las acciones de ambas empresas se desplomarían. La Comisión de Valores y Bolsa y el fiscal general del estado iniciarían una investigación y, si se descubre que alguien es culpable de manipular los libros o de hacer algo para inflar falsamente el precio de las acciones, bueno, la gente podría ir a la cárcel. Como mínimo, las multas podrían ascender a cientos de millones de dólares. —Sentí que se me cortaba la respiración—. ¿Candice? ¿Estás ahí?

—Sí, lo siento. Una última pregunta. Y esto es completamente hipotético. ¿Por qué alguien haría eso? ¿Manipular los libros para inflar el precio de las acciones antes de una adquisición?

—Hay una variedad de razones por las que alguien podría hacer eso —dijo con voz neutra—. Todas muy ilegales.

—¿Cómo?

—Como intentar que el acuerdo parezca mejor de lo que realmente es. O intentar que la empresa parezca más sólida de lo que es en realidad. La mejor razón que se me ocurre, es que estuvieran apuntalando la empresa para poder derribarla después. Se pondrían en corto con las acciones de ambas empresas y, cuando se desplomaran, ganarían una fortuna en el negocio.

Me mordí el labio inferior.

—Perdona mi ignorancia, Ruth, pero ¿puedes explicarme qué quieres decir con «poner en corto las acciones de ambas empresas»?

—Básicamente, significa que estás apostando en contra de que el precio de la acción suba. Apuestas a que va a bajar en el futuro. Se compran opciones denominadas *puts*, que dan derecho a comprar acciones a un precio y a venderlas cuando la acción alcance un punto de ejecución. Si estás vendiendo en corto una acción, optas por la acción cuando está en el precio más alto y,

cuando la acción baja, vuelves a venderla y tu beneficio es la diferencia.

—Así que, si alguien se pone en corto con las acciones de Wright a noventa y siete dólares por acción, con un precio de ejercicio de digamos cincuenta y siete dólares...

—Obtendría un beneficio de cuarenta dólares por acción. —Ruth se quedó callada un momento—. Candice, ¿hay algo que no me estás contando?

—No, Ruth, por supuesto que no —dije, esperando sonar convincente—. Solo estoy en el equipo, haciendo la debida diligencia para la adquisición y tengo que mirar todos los ángulos. Eso es todo. Llevo días, dándole vueltas a las hipótesis en mi cabeza.

—Me alegro de oírlo, querida —confesó con un suspiro. Me di cuenta por su tono de que le preocupaba que estuviera metida en algo que no debía. Y añadió—: Porque cualquiera que esté involucrado en ese tipo de colusión y manipulación de acciones podría ir a la cárcel.

—Gracias, Ruth. Es bueno saberlo.

Capítulo 15

Candice

Pasé el resto del domingo ultimando mi informe para la reunión de cierre del lunes con Stan y el resto del equipo de Goldman. Las discrepancias en las antiguas cuentas de resultados seguían atormentando mi cerebro, pero me las arreglé para dejarlas de lado lo suficiente como para terminar el informe.

El informe era todo sol y unicornio. No había nada que pudiera causar un problema con la adquisición en el futuro.

Las banderas rojas se habían bajado y había que avanzar a toda velocidad.

Me di una palmadita en la espalda por un trabajo bien hecho.

Lo único que no podía dejar de lado era el hecho de que extrañaba terriblemente a Tanner. Me sorprendió lo cerca que me sentía de él después de nuestro breve tiempo en Tucson. Eso no significaba que estuviera enamorada, solo que estaba siempre en mi mente. Esperaba que él también pensara en mí.

No hablamos durante el fin de semana, pero sabía que estaba muy ocupado en Atlanta. Y el estado indefinido de nuestra relación me impedía llamarlo cada dos minutos como me moría de ganas. No quería espantarlo, pero tampoco quería que pensara que no quería saber nada de él.

Era el viejo dilema de las solteras. ¿Le llamo o espero a que me llame él? ¿Pero qué pasa si no me llama? ¿Qué hago, dioses de las citas? ¿Qué hago?

Decidí que estaba dentro de la etiqueta moderna de las citas enviar unos cuantos mensajes cortos, espaciados adecuadamente durante el fin de semana para no parecer demasiado necesitada.

Sus respuestas fueron cortas y directas:

«Súper ocupado». «En reuniones». «Con Henry».

«Consiguiendo un baile erótico de una stripper». «Recibiendo una mamada en la limusina».

Vale, me inventé las dos últimas, pero a veces mi celosa imaginación se aventuraba por ahí.

Forcé esos pensamientos fuera de mi cabeza y me concentré en el trabajo.

Tanner llamaría pronto. Lo sabía. Oiría su voz y sabría que todo estaba bien.

Me fui a la cama alrededor de la medianoche del domingo con todo el trabajo hecho. La reunión de cierre con el equipo de Goldman era a las diez de la mañana siguiente.

Iba a dejarlos boquiabiertos.



Dejé el bolso y el maletín detrás de mi escritorio, luego levanté la tapa de la taza de café negro de la tienda de abajo y encendí el ordenador.

Inmediatamente, un mensaje de Stan apareció en la pantalla.

«Por favor, ven a mi despacho en cuanto llegues. Stan».

Sorbí el café caliente y me quedé mirando el mensaje por un momento. No era raro que me esperaran mensajes internos de la oficina cuando llegaba, pero este apareció incluso antes de que me conectara a la red de la empresa.

Bajé lentamente la taza hasta el escritorio y pulsé el botón de inicio de sesión en la pantalla. Me temblaron los dedos al teclear mi nombre de usuario, mi contraseña y pulsar *Enter*.

Me tragué el nudo que tenía en la garganta mientras leía las palabras que me aparecían en la pantalla.

«Cuenta restringida. Contacte con el administrador del sistema».

—Qué coño... —Volví a teclear mi nombre de usuario y mi contraseña, golpeando los dedos contra las teclas como si creyera que eso iba a servir. Era como golpear el botón de un ascensor una y otra vez pensando que así el ascensor llegaría más rápido.

Contuve la respiración y pulsé *Enter*.

«Cuenta restringida. Contacte con el administrador del sistema».

Retiré lentamente las manos del teclado.

Mis dedos se curvaron en las palmas.

Mi corazón empezó a acelerarse.

Me esforcé por evitar que las lágrimas brotaran de mis ojos.

Sabía exactamente lo que estaba pasando.

Dios mío, cómo había sido tan tonta.



Cuando llegué a la oficina de Stan, su secretaria me acompañó a una sala de conferencias. Me hizo pasar y cerró la puerta.

Stan estaba sentado en la mesa de conferencias con las manos bien cruzadas frente a él. Tenía una mirada nerviosa. Me indicó que me sentara al otro lado de la mesa.

Al lado de Stan se sentaba una señora mayor de aspecto agrio.

Junto a ella había un hombre de aspecto serio, con el pelo canoso y un traje de marca.

Los identifiqué inmediatamente. Ella era de recursos humanos y él era del departamento legal.

Todos estaban allí para joderme. Y no en el buen sentido.

Stan los presentó como si nos reuniéramos en un cóctel.

—Candice, esta es la señora Nelson de Recursos Humanos y el señor Griffin de nuestro departamento legal. Ambos me miraron sin decir una palabra.

—¿Qué pasa, Stan? —pregunté, forzando una sonrisa que no quería salir.

Él se aclaró la garganta y apretó las manos hasta que los nudillos se pusieron blancos.

—Candice, nos ha llegado la noticia de que durante tu viaje a Tucson realizaste ciertas actividades que... bueno... francamente, no son aceptables como conducta adecuada para un empleado de Goldman y Stern.

Ahí estaba.

Literalmente, me había quedado sin trabajo.

Intenté mantener la sonrisa, pero fue inútil. Se deshizo de mis labios como un muñeco de nieve en un día caluroso. Hice lo único que sabía hacer. Me hice la tonta.

—No estoy segura de saber de qué está hablando.

El abogado intervino. Su tono era enérgico, como el de un fiscal que interrogara a un testigo.

—Señorita Carlson, mientras estuvo en Tucson, ¿mantuvo relaciones sexuales con Tanner Wright, director general de Empresas Wright?

De repente supe cómo se sintió Bill Clinton cuando le pillaron tirándose a Monica Lewinski en el despacho oval.

«No tuve relaciones con esa mujer, la señorita Lewinski».

—Lo siento, no entiendo por qué eso es asunto de alguien...

—Es una pregunta sencilla, señorita Carlson —advirtió el abogado con un encogimiento de hombros despectivo—. ¿Tuvo usted o no relaciones sexuales con Tanner Wright, director general de Empresas Wright y cliente de Goldman y Stern, mientras estaba en Tucson? Responda sí o no.

Parpadeé ante la mujer de Recursos Humanos. Me miraba como si me hubiera pillado tirándome a su marido en su cama. Era una mirada de asco e incredulidad.

Me incliné hacia ella y le dije:

—¿Tengo que responder a estas preguntas? ¿No tengo derechos bajo la EEOC o algo así?

—Me temo que las normas de la Igualdad de Oportunidades en el Empleo no son pertinentes en esta situación, señorita Carlson. —Hizo un mohín de desprecio—. Solo responda a la pregunta del señor Griffin, por favor.

Miré a Stan. Estaba estudiando sus manos sobre la mesa. No levantó la vista hacia mí. Fijé mi mandíbula y miré directamente al abogado.

—Sí, mientras estuve en Tucson mantuve una relación personal con Tanner Wright. —Mi voz sonó clara.

Los ojos del abogado recorrieron mi cara. Pude ver cómo se movía la comisura de su boca. Esto lo estaba excitando un poco. Idiota.

—Tuvo una relación sexual —repitió.

—Sí.

—¿Si qué, señorita Carlson?

Respiré profundamente mientras mi carrera se desvanecía ante mis ojos.

—Sí, señor Griffin. Mientras estaba en Tucson tuve una relación sexual con Tanner Wright, director general de Empresas Wright. —Apreté los dientes—. ¿Es eso suficiente para usted?

—Lo es. —El hombre asintió.

—En ese caso, no tenemos más remedio que despedirte inmediatamente y hacer que te acompañen fuera del edificio —anunció la señora de Recursos Humanos. Soltó un fuerte suspiro, como si hubiera estado conteniendo la respiración todo el tiempo.

—Stan, no puedes dejar que lo hagan. —La desesperación asomó a mi voz—. Soy la mejor analista que tienes. ¿Stan? Habla conmigo.

Stan finalmente levantó la vista y negó con la cabeza. En ese momento supe que todo estaba perdido.

—Lo siento, Candice, pero tus acciones han puesto a Goldman, a Stern y a nuestra relación con Empresas Wright en una situación precaria. Me temo que no puedo hacer nada.

El abogado se levantó y abrió la puerta de la sala de conferencias. Un fornido guardia de seguridad estaba parado en reposo frente a la puerta.

El abogado me señaló con la cabeza y dijo:

—Acompañe a la señorita Carlson a su escritorio y asegúrese de que solo recupera sus objetos personales y luego enséñele la salida del edificio.

Capítulo 16

Tanner

Me sentí como un completo imbécil cuando Henry me dijo que Goldman había despedido a Candice por nuestra aventura. Me sentí como un idiota, porque sabía de antemano que la iban a despedir y no hice nada para impedirlo o para avisarla.

Jesús, ¡qué tonto había sido!

Aquel tipo de cosas no me habrían molestado antes de conocerla, pero en ese momento me carcomía las entrañas como un cáncer.

También supe que Henry fue quien exigió que la despidieran. Al principio me enfurecí, pero finalmente comprendí que tenía razón: tenía que dejar de pensar con la polla y empezar a pensar con el cerebro.

Candice me caía muy bien, pero si la noticia de nuestra relación salía a la luz, podría crear una apariencia de impropiedad que acabaría con el acuerdo con Anderson.

Como Henry señaló tan acertadamente, los medios de comunicación financieros harían su agosto.

—Ya puedo ver los titulares —dijo, levantando las manos con los pulgares tocándose—. Un *playboy* multimillonario se tira a una consultora de gestión que hace la debida diligencia en una importante adquisición. Haz clic aquí para ver todos los detalles jugosos.

—Estás exagerando —repliqué, sentándome a su lado mientras el avión daba vueltas en el aeropuerto de Atlanta—. Eso no sucederá.

—No te engañes. La prensa financiera adora ese tipo de basura. Lo llaman sexo caliente y dinero frío. —Exhaló un largo suspiro y me miró de reojo—. Tanner, sabes que tengo razón.

Sabía que tenía razón, pero eso no facilitaba las cosas.

—Entonces, ¿qué quieres que haga? —pregunté, derrotado.

—Primero, tienes que romper toda comunicación con ella. No puedes enviarle mensajes de

texto, no puedes llamarla, no puedes conectarte por Facebook y, por supuesto, no puedes enviarle fotos de la polla de Anthony Weiner. Nada de lo habitual.

—De acuerdo.

—Y si intenta contactar contigo, tienes que ignorarla. ¿Entiendes? Bloquéala de tu teléfono y no tengas más contacto con ella.

Tenía mi teléfono en la mano. Lo tenía en la mano, anticipando el aterrizaje del avión. La primera llamada que pretendía hacer era a Candice. Era una llamada que no haría. Miré a Henry y le hice un gesto con la cabeza.

—De acuerdo.

Me puso una mano en el hombro y la sacudió.

—No estés tan decaído, Tanner. Después de que cerremos el trato con Anderson podrás volver a follar con quien quieras. Bueno, a cualquiera excepto a Candice Carlson.

Capítulo 17

Tanner

No me atreví a bloquear inmediatamente el número de Candice, ni tampoco pude desterrarla al instante de mi mente. Respondí a algunos mensajes inocentes, alegando que estaba demasiado ocupado para charlar.

Entonces, Henry me sorprendió leyendo un mensaje durante una reunión mientras él hablaba. Simplemente se agachó y me quitó el teléfono de las manos sin perder el tiempo. Se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta y siguió con la reunión como si no hubiera pasado nada.

Me sentí como un niño al que le quitan su juguete favorito delante de toda la clase.

Y sin Candice en mi cama y en mis brazos, fue una semana muy solitaria e insomne.

Llegamos a Chicago el viernes por la mañana. El equipo de Goldman —sin Candice— nos esperaba en la sala de conferencias después del almuerzo.

—Stan, ¿cómo está? —saludó Henry cuando entramos en la sala. Estrechó la mano del hombre y de los otros tres chiflados. Tomé asiento y apreté la pelota de goma roja entre mis dedos.

—Bien, Henry, gracias —repuso con su odiosa y exagerada actitud—. Y creo que estarás muy satisfecho con nuestro informe.

¡Cristo! Aquel tipo necesitaba un asistente a tiempo completo solo para quitarle los mocos de la nariz.

—Estamos ansiosos por ver el informe —dijo Henry, frotándose las manos con impaciencia—. Es la última casilla que hay que comprobar antes de que firmemos los papeles finales de la adquisición el lunes. Si Anderson recibe el visto bueno de ustedes, estamos listos.

Stan se inclinó sobre la mesa para repartir las copias perfectamente encuadernadas del informe de Goldman. Se sentó y abrió su copia, y esperó a que los demás hiciéramos lo mismo. No me molesté en mirarlo. No quería tocarlo.

Ese informe, y mis propias acciones, habían arruinado la vida de Candice. Y no había nadie

a quien culpar sino a mí.

Si hubiera hecho caso a Henry, si me hubiera guardado la polla en los pantalones, Candice estaría ahora sentada frente a mí, fingiendo ignorarme.

—Así que empecemos con nuestra revisión de las finanzas —anunció Stan, hojeando el informe—. Eso empieza en la quinta página.

Antes de que pudiera continuar, la puerta de la sala de conferencias se abrió y apareció un hombre negro de gran tamaño con traje oscuro y corbata. Detrás de él había otros dos hombres con caras igualmente serias. Detrás de ellos había una mujer con un corte de pelo corto y una cara pellizcada. Inmediatamente la tomé por alguien del gobierno.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó Henry.

El primer hombre levantó una placa que hizo que Henry cerrara la boca.

—Soy el agente Richter del FBI. Estos son mis asociados, los agentes Brent y Kline. Y ella es Helen Walters, de la Comisión de Valores. Estamos buscando a Henry Costas y a Tanner Wright.

—Soy Henry Costas —declaró, antes de mirarme—. Él es el señor Wright. ¿De qué se trata?

El agente del FBI sacó una hoja doblada del interior de su chaqueta y se la entregó a Henry. Al abrir el papel, lo escaneó sin sus gafas y se puso pálido.

El agente dijo:

—Caballeros, tenemos una orden para incautar todos los archivos y la documentación de estas oficinas y de su posesión personal relacionados con la adquisición pendiente de Telecomunicaciones Anderson por parte de Empresas Wright.

—¿Con qué propósito? —dijo Henry y volvió a mirarme. Nunca le había visto tan nervioso. Su reacción ante aquella pequeña incursión era, como mínimo, interesante. Me senté, crucé los brazos sobre el pecho y mantuve la boca cerrada.

La mujer de la SEC se acercó al agente del FBI.

—Ha llegado a oídos de la SEC que una empresa extraterritorial llamada Inversiones Creativas ha estado comprando un número inusualmente alto de opciones de venta relacionadas con las acciones de Empresas Wright y Telecomunicaciones Anderson.

—La gente compra opciones de venta todo el tiempo —justificó Henry.

—Eso es cierto —advirtió ella—, pero cuando la persona que está detrás de la empresa, que adquiere todas esas opciones de venta, es un directivo de una de las empresas implicadas en la adquisición de la otra, eso se llama manipulación de acciones y va en contra de la ley.

Me llevé la pelota de goma a la barbilla y pregunté:

—¿Y quién es esa misteriosa persona que está detrás de Inversiones creativas?

El agente Smith señaló con la cabeza a Henry.

—Henry Costas.

—Nuestra investigación inicial sugiere que el señor Costas estaba comprando un gran número de *puts* porque esperaba que las acciones de ambas empresas se desplomaran, tras la noticia de que los informes financieros de Anderson habían sido alterados por consultores de gestión de Goldman y Stern.

—¿Qué? —Stan parecía a punto de cagarse en los pantalones—. No hemos alterado ningún dato financiero.

—¿Está con Goldman y Stern?

Stan asintió lentamente.

—Nuestra sospecha es que el señor Costas iba a alegar que ustedes alteraron los datos a cambio de un gran contrato para hacer la debida diligencia en el trato —dijo ella, entregándole su tarjeta—. Tendremos que entrevistar a todos los que trabajaron en el proyecto.

Ahora entendía la razón por la que Henry insistió en contratar a Goldman y Stern en primer lugar. Necesitaría un chivo expiatorio cuando la mierda llegara al ventilador.

El pobre Stan parecía que iba a tener un infarto. El resto del equipo de Goldman se sentó con los ojos muy abiertos mientras sus miradas iban de un lado a otro.

Debo admitir que habría disfrutado del espectáculo si no fuera porque mi mentor y mejor amigo estaba intentando joderme. Giré mi silla para mirarlo.

—¿Henry? —Flexioné la pelota de goma en mi mano—. ¿Por qué harías algo así?

—Tiene derecho a un abogado, señor Costas —le advirtió el hombre del FBI.

—Y tengo derecho a saber por qué me traicionaría —dije—. ¿Por qué Henry?

Él bajó la mirada y negó con la cabeza.

—Llevo años intentando que madures, Tanner. —Se frotó la nariz con un nudillo—. Te he

visto enriquecerte mientras el resto de nosotros nos dejábamos la piel para construir esta empresa. Has ganado miles de millones de dólares, mientras el resto nos alimentábamos de tus sobras.

—Has ganado cientos de millones de dólares, Henry —le aclaré—. ¿No era suficiente?

—Estoy cansado de hacer de niñera para ti. —Miró hacia otro lado—. Ya es hora de que reciba lo que me merezco.

—Bueno, estoy seguro de que lo vas a conseguir —deduje, antes de mirar a la señora de la SEC—. ¿Puedo preguntar cómo salió todo esto a la luz?

—El lunes se puso en contacto con nuestra oficina una tal Ruth Bennett —leyó el nombre en una libreta que tenía en la mano—. Es una administradora de dinero de Smith-Barney, aquí en Chicago. Un cliente suyo la alertó de posibles irregularidades en los libros de Anderson. Una tal señorita... Candice Carlson. La señorita Bennett se puso en contacto con nuestra oficina y aceleramos la investigación dada la adquisición pendiente de Telecomunicaciones Anderson por parte de su empresa.

—¿Esa adquisición está ahora en suspenso? —pregunté con una sonrisa, sabiendo ya la respuesta. Me parece bien, ya que no quería comprar Anderson. Ese había sido siempre el bebé de Henry y ya sabía la razón.

Sí, tenemos una orden de un juez federal para detener la adquisición. La SEC y la oficina del fiscal general del estado llevarán a cabo una investigación completa.

—Me parece bien —acepté. Puse la pelota de goma en la mesa frente a Henry—. Toma, puede que la necesites. —Extendí una mano a los federales—. Oficiales, llévenselo.

—Necesitaremos que baje a hablar con nosotros también, señor Wright —pidió la mujer de la SEC, entregándome su tarjeta—. No tenemos ninguna razón para sospechar que haya estado involucrado en algo inapropiado, pero probablemente querrá traer a un abogado por si acaso.

—Haré que mi abogado concierte una cita para el lunes —decidí, metiendo la tarjeta en el bolsillo trasero de mis vaqueros raídos—. Antes, tengo que ocuparme de algo extremadamente importante.

Capítulo 18

Candice

Después de que me despidieran sin contemplaciones y me sacaran del edificio el lunes por la mañana, intenté llamar inmediatamente a Tanner, pero descubrí que había bloqueado mi número para que no pudiera contactar con él.

Inmediatamente supe que algo iba mal.

Puede que se hiciera pasar por el multimillonario chico malo ante todos los demás, pero para mí solo era Tanner, el hombre increíble en el que no podía dejar de pensar. El hombre que me hacía el amor apasionadamente y en cuyos brazos me dormía cada noche.

No había manera de que fuera solo una aventura y mi corazón no me engañaba. No había una sombra de duda en mi mente de que Tanner se preocupaba profundamente por mí. Y yo me preocupaba tanto o más por él.

Podía sentirlo en mis huesos.

Llamé a un taxi, subí a la parte trasera y le di al conductor la dirección de mi casa. Volví a llamarlo, pero con el mismo resultado.

La vocecita electrónica me dijo que me fuera a la mierda, que mi número estaba bloqueado. La voz estaba equivocada. Tanner no bloqueaba mis llamadas. Algo más estaba pasando.

Mi mente suspicaz se puso en marcha. No tardé en darme cuenta de que Henry Costas era quien nos mantenía separados. Me había bloqueado las llamadas al teléfono de Tanner. Había ordenado a Stan que me despidiera.

¿Pero por qué? ¿De qué forma era yo una amenaza para él?

«No eres una amenaza para él», dijo la vocecita. «La amenaza es tu relación con Tanner».

Henry Costas, baboso chupapollas.

Había tenido banderas rojas ondeando en mi mente desde el momento en que lo conocí... pequeñas banderolas en el aire... pequeños números volando.

Abrí el contacto de Ruth Bennett y llamé a su oficina.

—Ruth Bennett, por favor. Sí, soy Candice Carlson. —La alegre música de espera llenó mi oído durante un momento y luego su cantarina voz entró en la línea—. ¿Candice? Hola, ¿qué pasa?

—Ruth, puede que tenga un problema —dije—. Y necesito tu ayuda.

Capítulo 19

Candice

—Sí, mamá. No, mamá. Lo sé mamá. No, no he encontrado trabajo. Porque no he buscado. Mamá, solo han pasado cuatro días desde que me despidieron. Lo sé. Debería demandar. Lo sé. Me advertiste sobre los hombres. Lo sé. Me lo dijiste. Sí, lo hiciste.

Mi teléfono estaba en la encimera del baño y tenía el aparato Bluetooth en la oreja. Era viernes por la noche en una de las ciudades más grandes del planeta y allí estaba yo, en sujetador y bragas, afeitándome las piernas en el lavabo del baño.

Lo sé, era triste ver las cosas que hacía una chica soltera, desempleada y sin compromiso en la gran ciudad.

Afeitarte las putas piernas en el lavabo del baño, comerte un trozo de helado de chocolate Haagen-Dazs y llorar hasta quedarte dormida viendo una reposición de *El diario de Bridget Jones* en la televisión por cable.

Quitó el jabón de la maquinilla de afeitar y agarró una toalla para secarme la pierna. El tono de llamada en espera sonó en mi oído. Gracias a Dios, una razón para colgar el teléfono con mi madre.

—Mamá, me llama alguien. No, no sé quién es. Mamá, si me dejas colgar averiguaré quién es. Vale, yo también te quiero. Besos a papá.

Pulsé el botoncito del Bluetooth sin mirar el identificador de llamadas de mi teléfono.

—¿Hola?

—Hola —La voz de Tanner llegó con suavidad.

—Hola a ti —dije con un suspiro. Me puse una mano sobre el corazón para evitar que se me saliera del pecho. Me senté en la tapa del inodoro, me temblaban las piernas y no creía que pudieran mantenerme de pie—. ¿Cómo estás? —pregunté por fin.

—Estoy bien. ¿Cómo estás tú?

Me esforcé por mantener las lágrimas a raya.

—Estoy bien. Me enteré de que habían arrestado a Costas. Siento haber matado tu trato, pero tenía que protegerte. Espero que lo entiendas.

—Puedo perdonarte si tú puedes perdonarme. Fui un tonto al escuchar a Henry. Fui un tonto al dejar que te alejara de mí. No dejaré que nadie me aleje de ti nunca más. ¿Puedo verte?

Las lágrimas empezaron a fluir a pesar de mis esfuerzos por mantenerlas encerradas.

—Sí, ¿dónde estás?

—En el pasillo, frente a tu puerta.

Epílogo

Candice

Seis meses después.

Estaba junto al lavabo del baño, con mi larga melena envuelta en una toalla y limpiando el vapor del espejo con el dorso de la mano. Mi cuerpo desnudo estaba cubierto de pequeñas gotas de agua que bajaban entre mis pechos.

Tanner apareció detrás de mí, desnudo, mojado, duro y preparado. Me rodeó con los brazos y tomó mis pechos en sus palmas. Comenzó a masajearlos con suavidad y pasó los dedos los pezones. Nunca dejaban de reaccionar ante el contacto de piel o sus labios.

Me besó en el cuello, incliné la cabeza hacia un lado y gemí mientras me mordisqueaba la oreja. Podía sentir su dura polla presionando mi espalda mientras me atraía contra él.

Recorrió mi cuerpo con las manos y encontró mi clítoris duro y listo.

—Te quiero —suspiró.

Abrí los ojos y lo encontré mirándome en el espejo.

—Yo también te quiero.

—¿En serio? —inquirió él.

—Sí, te quiero.

—Demuéstramelo.

Me giré para mirarlo. Nuestras lenguas se batían en duelo como serpientes furiosas. Froté la parte inferior de la cabeza de su miembro en mi vientre, dejando un rastro de su jugo salado en mi piel.

Tanner me alzó en sus brazos y me dejó sobre el lavabo. Con el culo en el borde de la encimera, abrí las piernas para él y se acercó. Colocó mis piernas sobre sus hombros y yo tomé su polla con la mano para penetrarme. La cabeza se deslizó dentro de mí y ambos sonreímos.

Apoyé las palmas de las manos en la encimera. Con sus brazos bajo mis piernas, levantó mi

culo y se deslizó completamente dentro de mí de un solo empujón. Me dejó sin aliento y me hizo jadear de la manera más gloriosa.

Tanner entró en mí y salió, lentamente al principio, luego un poco más rápido, luego un poco más rápido todavía.

Los dos miramos hacia abajo para vernos follar. Aquella era nuestra posición favorita porque nos daba a los dos una vista increíble de nuestra conexión carnal. Era casi como ver tu propia película porno, pero mejor.

Tanner me empujó y un escalofrío recorrió mi cuerpo. Me penetraba más rápido y con más fuerza.

El golpeteo de nuestras carnes se unió al sonido de nuestra fuerte respiración. Lo miré y vi que cada músculo de su cuerpo se flexionaba. Tenía la cabeza hacia atrás y los dientes apretados. También los ojos cerrados y respiraba por las fosas nasales como un toro furioso.

—Me... corro... —gimió—. Ven... conmigo...

Cerré los ojos y me uní a él para el viaje.

Unas cuantas embestidas más y Tanner me metió la polla hasta el fondo y gruñó al correrse.

Mientras me llenaba con su semen caliente, llegó mi propio orgasmo.

Eché la cabeza hacia atrás y sentí que todo mi cuerpo se estremecía cuando el orgasmo me sobrepasó y me llevó a la luna.

Al terminar lo miré, no se había desvanecido como en una de mis pasadas fantasías. El hombre que tenía ante mí, sonriéndome complacido y sudoroso, era real.

Y era solo para mí.

Siguiente libro de la serie

A BAD BOY
MEDICAL ROMANCE

Fifty
DOCTOR

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

AMY BRENT

Fitthy DOCTOR

Tenía la vida perfecta hasta que ella regresó.

Soy rico, sexy y con éxito. Consigo todo lo que deseo y tengo una larga lista de conquistas.

Pero cuando ella regresa a mi vida nada de lo que he conseguido parece compensar su pérdida.

Hace años lo estropee todo entre nosotros.

Ahora quiero recuperarla, aunque al hacerlo arriesgue mi carrera y mi corazón.

★ Esta novela se puede leer de forma independiente.